

# CRISTIANDAD



Dios misericordioso, habiendo determinado llevar a cabo la obra de la redención humana, que de antiguo los siglos habían aguardado, de tal manera dispuso el plan y el orden de esta obra que sus mismos comienzos mostrasen al mundo el augusto ejemplar de la familia por El constituida, en la cual todos los hombres viesen el ideal absoluto de la sociedad doméstica y de toda virtud y santidad

TAL ES CIERTAMENTE LA FAMILIA DE NAZARETH

# CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

## *Suscripción:*

Anual . . . 100'00 ptas.

Semestral . 50'00 »

Trimestral . 25'00 »



Número ordinario . . . 5 ptas.

Encuadernar . . . . . 25 »

Tomo encuadernado . 125 »

# RAZON Y FE

REVISTA MENSUAL HISPANO-AMERICANA DE CULTURA

50 AÑOS DE PRESTIGIO

La vida cultural vista con ojos católicos. - Amplio interés por todos los problemas humanos y especialmente por los del espíritu.

Religión, Historia, Derecho, Filosofía, Artes, Ciencias, Literatura Antigua y Moderna, Educación, Política y Sociología, Psicología...

Intersección del Dogma y la Moral católica con todas las manifestaciones de la vida individual y social. Movimiento literario y científico de España y del Extranjero.

Estudios eruditos. Crónicas y documentación. Orientaciones doctrinales y prácticas. Copiosa crítica bibliográfica en cada número.

Aparece en fascículos de más de 100 páginas el primero de cada mes.

**Administración:** Suscripciones, pagos, giros, pedidos, devoluciones, **publicidad:** Ediciones FAX, Zurbano, 80, Apartado 8001. - **Madrid.**

**Redacción:** Originales, libros para la Bibliografía, consultas: Redacción de «RAZON Y FE», Pablo Aranda, 3, **Madrid.**

**Precios de suscripción:** España y naciones del Convenio Postal: Anual, 70 ptas. Para los demás países: Anual, 90 pesetas. Número suelto, 8 ptas. Número atrasado, 10 ptas.

Se entiende siempre años naturales.

# Federico Marcet

**FABRICA DE HILADOS, TORCIDOS Y FANTASIAS DE LANA Y ESTAMBRE, PAÑOS Y NOVEDADES EN TEJIDOS DE LANA Y ESTAMBRE**



**PANTANO, 20 - TARRASA**

## *Publicaciones* **CRISTIANDAD**

HACIA EL CUARTO AÑO JUBILAR . . . . .	<b>10 ptas.</b>
CATOLICISMO O BARBARIE . . . . .	<b>35 »</b>
AL REINO DE CRISTO POR LA DEVOCION A SU SAGRADO CORAZON . . . . .	<b>30 »</b>
EMISARIA DE CRISTO REY . . . . .	<b>30 »</b>

## Prosigue la Cruzada

*“Echando mano de las armas espirituales, emprendan, sacerdotes y fieles, bajo el signo de la Cruz, una sagrada batalla...”*

*Aloc. a los Cardenales y Obispos reunidos en Roma con motivo de la proclamación del Dogma de la Asunción.*

### «Et renovabis faciem terrae...»

Coronación del Año Santo, la proclamación del Dogma de la Asunción de Nuestra Señora en cuerpo y alma a los Cielos no puede menos que constituir, al mismo tiempo, un solidísimo apoyo para la ansiada renovación de la vida cristiana. Por lo mismo —así como por la excepcional concurrencia de Obispos reunidos en Roma en esta ocasión— la alocución pontificia a ellos dirigida goza de singular relieve.

Documento verdaderamente digno de un Pontífice que está desempeñando una actividad doctrinal tan densa, tan intensa, tan llena de emotiva sinceridad, esta alocución es mensaje y consigna de renovación para la Iglesia y para el Mundo por el recurso a las armas espirituales y bajo la protección especialísima de María.

### Bajo el signo de la Cruz

En esta alocución puntualiza de nuevo Su Santidad la necesidad de una Cruzada, que tiene como objetivo la paz. ¿Cuál es la naturaleza de esta Cruzada, y cuál es la naturaleza de esta paz? De antemano conocemos la respuesta, en cuanto a lo primero. El Papa no predica una “guerra santa” en sentido militar, sino espiritual:

*“Echando mano de las armas espirituales, emprendan, sacerdotes y fieles, bajo el signo de la Cruz, una guerra santa.”*

Para expiación de nuestros pecados personales; para ejemplo y acicate de nuestros hermanos; para ampliar la eficacia de nuestra caridad; para mantener nuestra robustez espiritual y no decaer de la virtud de nuestros mayores, nos dice, es preciso “practicar obras voluntarias de penitencia, conformes con la índole de los tiempos en que vivimos”; es preciso pasar a la ofensiva, ir más allá del estricto deber en el camino de la virtud:

*“Exhortamos e impelimos a todos a que, por la abstinencia cristiana y por la abnegación de sí mismos, avancen voluntariamente más allá de lo que prescriben las leyes morales, cada uno según sus propias fuerzas, la inspiración de la gracia divina, lo que le permitan sus deberes sociales...”*

### «Tenemos sumo empeño en que llegue a tener plena eficacia esto que os decimos...»

Ya que “también para nosotros resuena, como para los primeros cristianos, la exhortación del Apóstol Pablo: “Completo en mi carne lo que falta a la pasión de

*Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia”; tenemos que sufrir todos para la edificación del Reino de Dios”.*

### «No hemos perdido la esperanza...»

Definida la Cruzada a que el Romano Pontífice nos invita, de este tomar la cruz cada día para seguir a Cristo, como una cruzada espiritual, la paz que hemos de alcanzar por su medio será también, ante todo, una paz espiritual.

Pero sería, nos parece, una forma sutil de naturalismo limitar aquí nuestra ambición. No es esto una paradoja. Porque si el naturalismo consiste, en su forma más grave, en la negación del orden espiritual, adopta con frecuencia una forma más suave: la separación de este orden con respecto al orden natural y social. El orden de la gracia —yuxtapuesto, o si se quiere, superpuesto al orden de la naturaleza— no la penetraría ya con su influjo...

¡No hace esto el Sumo Pontífice! Cuando nos intimas: “Echad mano todos de las armas espirituales y emprendan, bajo el signo de la Cruz, una guerra santa”, no apunta únicamente como a su objetivo a una paz espiritual, sino también a la paz de los pueblos, en todos sus grados; a una paz definitiva y necesariamente a largo plazo —la “paz de Cristo en el Reino de Cristo”— pero también a una paz relativa y provisional, pues no se aparta de sus ojos la terrible situación que se seguiría de una guerra generalizada, en este momento; a una paz provisional, ni que sea el mantenimiento de un statu quo a partir del cual trabajar sinceramente para descubrir y sanar de raíz las causas de gravísima perturbación que hoy afectan a la sociedad.

Son, que sepamos, las suyas, las palabras más optimistas que un estadista responsable haya pronunciado en estos últimos meses:

*“Estamos lejos de haber perdido la esperanza de que la paz se pueda conservar y defender sin peligro de una nueva conflagración armada...”*

Luego la paz es todavía posible; no una paz llovida del cielo cual la desea nuestra indolencia, antes bien una paz que ha de ser conquistada con violencia.

### Un punto de batalla: la familia

No es sin más razón que el Sumo Pontífice concreta, de repente, su pensamiento al problema —particularísimo entre todos— de la familia después de haberse referido al problema absolutamente universal de la paz. En cuanto a este paso mismo de lo universal a lo par-

particular, ya hemos notado en otras ocasiones la sabiduría con la cual el Papa conjuga los grandes principios fundamentales para la instauración de "la paz de Cristo en el Reino de Cristo" con una minuciosa atención a los hechos y verdades más particulares. De esta manera evita, para los fieles que dirige, tanto el peligro de perderse en el ensueño de unos ideales amplios, pero inconcretos, como el de recluirse en el ámbito mezquino de sus respectivos problemas personales. Porque la táctica del Pontífice no consiste en compensar, por yuxtaposición, uno y otro extremo, sino en fundirlos de tal suerte entre sí que cada hombre, al propio tiempo que atiende al cumplimiento de sus particulares deberes, tenga puesta la mira en el fin último del cual su trabajo, por humilde que sea, recibe valor y alcance de universalidad.

Ahora bien. Esta unión de lo universal con lo particular; de la amplitud de miras con la concreción de objetivos que asegure a nuestro obrar toda su eficacia tiene, en el caso de la familia, una realización de interés excepcional. Porque la familia reúne en grado máximo estos dos caracteres. En ella entrecruzan sus trayectorias todos los grandes intereses humanos: en su seno se gesta la personalidad del hombre; en ella encuentra garantía su dignidad, el amor la posibilidad de una plena expansión; ella brinda al hombre apoyo para las más nobles empresas, un refugio contra el espíritu de mundanidad, la fuerza para resistir el choque de los acontecimientos más adversos. Por esto en la familia ha de fundarse una sociedad bien constituida, y al contrario, las crisis de la familia se amplifican siempre hasta conmovérsela por entero.

Retrotraer pues la atención al problema de la familia no es sino comenzar por la base la obra urgente de una restauración social. ¿Sería exacto decir que es también, por parte de la Iglesia, estrechar los lazos con el único aliado que puede encontrar ya en este momento? Así lo parece, cuando no puede confiar ya en los gobiernos ni en las sociedades.

Mas este aliado humilde, que ha sobrevivido a tan terribles circunstancias, ¿se encuentra todavía tan amenazado? Necesidades materiales, nacidas de una organización social e internacional deficiente, que hacen heroico y a menudo imposible el cumplimiento de deberes elementales; ataques de todas clases contra las dos relaciones fundamentales que la constituyen: la relación conyugal y la relación entre padres e hijos; falsos apoyos que se le brindan, y que la apartan, en realidad, del único realmente firme: el cumplimiento de la ley de Dios y la ayuda de la gracia.

### La exhortación «Menti nostrae» y la Encíclica «Humani Generis»

Con el tema de la familia está profundamente enlazado el de la santidad sacerdotal, objeto directo de la Exhortación "Menti nostrae" cuya importancia está subrayando el Papa de continuo:

"Donde florecen matrimonios immaculados, adornados de cristianas virtudes, paralelamente existe y crece la casta virginidad, alimentada por el amor a Cristo."

Mas la perfección del sacerdocio pide que se mantenga íntegro en su contenido y en su vigor el depósito de la fe y de la tradición: tal es el objeto de la Encíclica "Humani generis".

Con la alusión a estos dos documentos recientes, cierra el Papa el temario de la alocución a que nos venimos refiriendo y que va a proporcionar a CRISTIANIDAD el plan de campaña para el presente año.

### Plan de campaña

Vía hacia el interior, en la obra de consolidación de la paz, por la oración y la austeridad cristiana: tal es la

dirección que la Iglesia imprime a nuestra lucha contra las graves perturbaciones que agitan al Mundo de hoy. ¡Prosigue la Cruzada!

CRISTIANIDAD girará durante este año, si Dios quiere, entorno a ese inmenso temario. En cuanto a la manera concreta como llevará al cabo su campaña, podemos adelantar ya desde ahora algunos puntos particulares a tratar en el presente número y en los inmediatos siguientes:

1. La familia es fundamentalmente obra de amor. De amor humano, en toda la plenitud del vocablo, de un amor anclado en nuestra naturaleza. Y al mismo tiempo, entre cristianos, obra de "caritas", de amor sobrenatural, porque la unión matrimonial que le da origen goza de la dignidad de Sacramento.

Mas, ¿es tal la naturaleza de este amor que excluya la sumisión a toda ley? La ley ¿convertiría siempre en un yugo penoso el primitivo lazo del amor?

El problema está profundamente vivo, como tal problema, en la conciencia del hombre de hoy. Una de las corrientes más fuertes contra la recta concepción de la familia —falsa filosofía que, como dice Pío XII, enseña a despreciar y rechazar toda norma como ajena a la verdadera naturaleza del hombre—, busca su apoyo en una noción parecida del amor. Ejemplo de ello nos lo brinda Berdiaeff, que une a un pensamiento muy personal, la aptitud de hacerse eco de las voces más representativas del pensamiento contemporáneo.

El Sumo Pontífice se da cuenta de este intento de sustraer la familia a toda ley. Tres, cuatro, cinco veces afirma, en la alocución a que nos referimos, que su restauración es imposible por este camino; que la familia debe someterse a la ley divina, ley que no es extrínseca al hombre y por lo mismo violenta, sino "deducida de la misma naturaleza humana".

2. La festividad de la Presentación —es el día de la profecía de Simeón— nos brinda oportunidad de considerar la espada que atraviesa el Corazón de María —"pertransivit gladius"— bajo la forma concreta del ataque contra la familia, la gran obra personal de María, cuyo concurso de mujer a la empresa de la Redención fué justamente la constitución de la familia de Nazareth... ¡Oh el gran drama del silencio de María, cobijando el secreto de Dios!... y la de la familia cristiana, formada a su regazo desde Pentecostés.

3. Estamos a 15 de febrero. Ha empezado la Cuaresma, y en nuestra ciudad de Barcelona se vive un clima de misión. El tema de la austeridad vendrá a añadir un nuevo motivo a los anteriores, pues el espíritu de la familia cristiana es, ante todo, espíritu de austeridad.

4. Encíclica "Humani generis". Publicada ya en CRISTIANIDAD, ella brinda un rico tesoro de temas aptos para ser tratados en el número tradicionalmente dedicado a Santo Tomás de Aquino.

5. Un nuevo número dedicado a San José Oriol, honor del clero de nuestra Diócesis, se referirá a la santidad sacerdotal según las enseñanzas de la exhortación "Menti nostrae".

Se habrán conjugado hasta el momento (a reserva de volver sobre ellos, los temas principales de la alocución a los Obispos reunidos en Roma con motivo de la proclamación del Dogma de la Asunción. Con ello entiende CRISTIANIDAD continuar celebrando tan fausto acontecimiento así como poner su trabajo para el presente año bajo la especial protección de la Virgen. Repitamos con el Sumo Pontífice:

"¡Quiera María, asunta a los Cielos, cuya alma y cuerpo desconocieron perfecta y absolutamente toda culpa, toda perturbación desordenada, todo impulso indómito, impetrarnos de su divino Hijo el cumplimiento de nuestras esperanzas!"

J. B. B.

**Esto pedimos instantemente a la Virgen María  
Asunta a los Cielos**

## **«QUE LOS HOMBRES VUELVAN A AQUELLA FORMA DE MATRIMONIO QUE DIOS QUISO E INSTITUYÓ»**

*El desorden del matrimonio y de la familia inficiona como peste a la sociedad humana. - La estrecha vinculación entre el matrimonio y la familia con la Ley de Dios. - Una falsa filosofía despreciadora de la Ley. - Urgencia de un saludable cambio en la vida social. - ¿Seguridad social? - La familia, fundamento de la sociedad. - El matrimonio cristiano y la virginidad.*

**Fragmento de la Alocución de S. S. Pío XII, del 2 de noviembre de 1950, a los Cardenales y Obispos, en que el Papa propuso sus intenciones y sus enseñanzas sobre la familia cristiana.**

**A**DEMÁS de estas cosas, si consideramos con más atenta diligencia las circunstancias del tiempo en que vivimos, importantes cuestiones, a saber, las que se refieren al matrimonio y a la familia, reclaman con mayor insistencia nuestra atención y estudio. Y creemos que Nos no nos equivocamos al pensar que el desorden que tan extensa y profundamente perturba el matrimonio y la institución familiar inficiona a la sociedad humana actual como una peste y arrastra a la ruina la salvación de las almas. Aunque acerca de estas cuestiones se ha escrito con increíble abundancia, tanto en el aspecto teórico como en el práctico, el enorme mal se agrava y recrudece. Y no podía, ciertamente, ocurrir de otro modo cuando los que se esfuerzan en curar la herida separan el matrimonio de la ley divina tal como la proclama en todos sentidos la naturaleza del hombre y la promulga igualmente la doctrina de la Iglesia.

La palabra no sirve para describir adecuadamente el torrente de lodo de libros, folletos, revistas y periódicos de todo género que se dedican a corromper el sano juicio del pueblo y el recto sentido de la humanidad con palabras y con ilustraciones llenas de ligereza e impudor.

Ciertamente que no ignoramos ni estimamos en poco los avances de que se glorían la Medicina, la Psicología y las ciencias sociales; más aún, deseamos mucho que se eche mano para bien de las familias, de los tratamientos psicológicos y de la consulta de cuestiones matrimoniales. Pero desaprobamos y rechazamos el que, más allá, y además de las investigaciones honestas y serias, abundan los escritos funestos que pretenden cubrirse con el falso y mentido nombre de teorías científicas, que excitan a los lectores rudos e ignorantes a la práctica de placeres morbosos y a disimular en sí, con la presunción de científicos, tenebrosos instintos de corrupción.

No es bueno que los estudiosos y los profesionales propaguen imprudentemente entre sus clientes todo lo que ellos útilmente conocen, porque a los otros puede proporcionarles daño de alma y de cuerpo. Hay que guardarse de no caer en el error que se extendió en la época del «iluminismo», según el cual el conocimiento es causa de que el hombre y los actos de su vida resulten buenos.

Opinión que si es siempre peligrosa, es, en esta materia, mortal.

Ni es menos dañoso todo lo que se extiende entre el pueblo y se divulga sistemáticamente, de modo que se forme artificialmente una opinión pública, opinión que, no sin presión moral y frecuentemente económica, pretende regir las necesidades de ambos sexos e insinuar el modo de conducta en el matrimonio y en la familia. ¿No se viola el orden moral cuando el hombre, imagen de Dios, se deja guiar, en las cosas que tocan a lo más íntimo de la persona, por aquellos que sólo buscan explotar lo obsceno? Una sana y sincera opinión pública acerca del matrimonio y de la familia es, sin duda, de gran eficacia para persuadir los verdaderos principios y normas de vida; y ésta sí que es necesaria.

Pero para que sea y pueda llamarse en verdad sana no debe tratarse de preceptos puramente exteriores, sino, antes que nada y siempre, de una doctrina deducida de la íntegra naturaleza del hombre y que sujete al hombre a Dios y a su ley divina.

Esta estrecha vinculación entre el matrimonio y la familia con la ley de Dios es como el fundamento y la cima de Nuestra consideración. Sólo este acuerdo da al pacto nupcial, contra la ligereza de los hombres, contra su inconstancia y mutabilidad en las arduas crisis de la vida, la defensa y protección absolutamente necesarias. Lo cual, por cierto, produce su benéfico efecto aun en las más adversas circunstancias de las cosas, y no hiere a la índole propia de la sociedad doméstica ni convierte en falso e infiel el vínculo que une entre sí a los cónyuges.

Argumento sobre el cual no pocos católicos sienten confusa y erróneamente. Pues una falsa filosofía enseña que es absolutamente necesario despreciar y rechazar toda norma dada extrínsecamente, a saber, la ley, como ajena a la verdadera naturaleza del hombre, y destructora, como enemiga, del vigor íntegro y fecundo de la vida. Es claro que de los principios de esta perversa filosofía puede bien temerse un gran daño a las santas costumbres del matrimonio y de la familia, tales como florecen allí donde mantiene su fuerza la doctrina de la Iglesia. En esta materia nada es más conveniente que divulgar, en toda oportunidad y con la más amplia di-

fusión, este principio fundamental : que el hombre, nacido para conseguir la felicidad temporal y eterna, no podrá alcanzar la una ni la otra si no cumple el deber a que está obligado y obedece a la ley de Dios.

Porque, roto este vínculo, no pueden concebirse ni subsistir el derecho de cada persona a defender su propia existencia y a perfeccionarse, la libertad de la persona, la conciencia de la responsabilidad por nuestros actos. Y si alguien apela a veces al don de la libertad que Dios le ha dado para declararse independiente del orden divino, no hace sino pronunciar términos contradictorios. Este camino no puede emprenderse jamás, porque es criminal y dañoso, aunque con él se quiera ayudar a los hombres en ásperos momentos de crisis en la vida conyugal. Es, pues, pernicioso, tanto para la Iglesia como para la sociedad civil, si los Pastores de almas, al enseñar y en la práctica de la vida, guardan silencio, según la costumbre y deliberadamente, cuando en la vida conyugal se violan leyes de Dios que siempre tienen vigor, cualesquiera que sean las circunstancias. Se buscan excusas, principalmente, en la pobreza y en la escasez de la fortuna familiar, que suelen ser origen de duras situaciones y condición del matrimonio y de la familia. Con paterno afecto del alma compadecemos y lloramos todas estas cosas. Pero no es lícito apartarse de la estable y firme norma del orden divino. No conviene que este orden ceda en algunos lugares o tiempos, sino que es necesario que las circunstancias de la vida social, con el apremio de tan urgente necesidad, sean mejoradas. Y si todo hombre que se honre con el nombre cristiano debe, impulsado por la justicia y la caridad, aportar su trabajo a este saludable cambio, esto es de la máxima importancia cuando se trata de llevar el auxilio a una ingente multitud de hombres que sólo venciendo durísimas dificultades pueden llevar una vida conyugal justa, recta y feliz.

Ahora bien, por los labios de muchos anda la consigna : seguridad social. Si con esto se entiende seguridad por medio de la sociedad, mucho tememos, Venerables Hermanos, que el matrimonio y la familia sufran detrimento. ¿Qué clase de detrimento? Tememos no sólo que la sociedad civil emprenda cosas que, de sí, son ajenas a su oficio, sino que languidezcan y aun se extingan el sentido de la vida cristiana y su recta or-

denación. Bajo este nombre ya se oye hablar de los postulados malthusianos ; con este nombre se intenta violar, así como otros derechos de la persona humana o su ejercicio, también los derechos referentes al matrimonio y a la prole. Para los cristianos, y en general para los que creen en la existencia de Dios, la seguridad social no puede ser otra cosa sino seguridad en la sociedad y con la sociedad, en la que la vida natural del hombre y el natural origen y progreso del matrimonio y de la familia sean como el fundamento sobre el cual, apoyada la sociedad misma, cumpla sus oficios de un modo ordenado y seguro.

Cuando se echaron encima los recientes calamitosos tiempos, la familia, aun debilitada de muchas maneras, mostró, ciertamente, de cuánta capacidad de resistencia está dotada. Pues con esta fuerza suya intrínseca vence fácilmente a cualquier otra institución humana. Por esto, si se pretende ayudar con eficacia a la sociedad humana, no hay que omitir nada para que la familia se conserve, sustente, y sea capaz para defenderse a sí propia. Y ésta es la tercera cosa que instantemente pedimos con nuestras oraciones a la bienaventurada Virgen María, Asunta a los cielos. Cuando el matrimonio y la familia están en circunstancias tan adversas e injustas que se hace difícil la esperanza de superarlas, quiera María, con su eficaz intercesión, suplicar a Dios Creador y Redentor que los hombres vuelvan a aquella excelsa forma de matrimonio que Él quiso y constituyó, y que todos los hijos de la Iglesia enlacen por medio del sacramento, siempre y solamente entre sí, sus contratos matrimoniales, y con su casto connubio representen, como en sagrada imagen, la admirable unión de Cristo con su Iglesia.

Pero donde florecen matrimonios inmaculados, adornados de cristianas virtudes, florece a la vez y progresa juntamente la casta virginidad, alimentada por el amor de Cristo. Exhortad a vuestro clero, os lo pedimos, a que tenga en gran estima y cultive religiosamente esta excelsa forma de vida, que iguala a los hombres a los ángeles, y que persuade también seguir tan noble camino de virtud a otros, especialmente pertenecientes al sexo femenino, pues si languidecen sus trabajos de ayuda en el ejercicio del apostolado, la Iglesia sufre grandes daños.



**Cuando la Sociedad se aparta  
de Dios y de la Iglesia**

## «QUEDA LA FAMILIA COMO EL REFUGIO PROVIDENCIAL DE LA VIDA CRISTIANA»

*La consecución de la verdadera paz: una sagrada batalla bajo el signo de la Cruz en la que cuantos llevan el nombre de católicos avancen en el camino de la austeridad y abnegación de sí mismos, y la conservación de la vida cristiana en el matrimonio y en la familia; éstas fueron las «tres intantes súplicas dirigidas a Dios invocando el eficaz patrocinio de la benignísima Virgen María, Asunta de los Cielos», que S. S. el Papa anunció, en su audiencia del día 2 de noviembre, a los Cardenales y Obispos presentes en Roma con motivo de la definición dogmática de la Asunción.*

Los Papas modernos, y más que ninguno el actual, han dedicado a las cuestiones referentes al matrimonio y a la familia una atención siempre creciente; bastarían las maravillosas alocuciones de Pío XII a los recién casados para dar buena prueba de ello. En el momento presente, esta concreta invocación en tan solemne circunstancia y la doctrina que expuso a propósito de ella nos invitan a reflexionar sobre este hecho. En las enseñanzas del Papa desde el principio mismo de su pontificado encontraremos ya una razón fundamental que nos permitirá comprender mejor la urgente actualidad y el sentido de la consigna pontificia.

\* \* \*

Pocos meses después de ascender al pontificado, dirigía Pío XII a toda la Iglesia su primera Encíclica, la «Summi Pontificatus», documento al que el hecho de haber sido redactado al tiempo del comienzo de la guerra mundial presta un acento particularmente dramático. Pío XII, atento siempre a lo concreto y apremiante de la realidad trágica en que vivimos, subraya en el texto *el preciso momento en que la noticia temida le halló redactando su mensaje a la Iglesia y al mundo.*

Citaremos, para mejor alcanzar el sentido de su enseñanza, este lugar fundamental de aquel célebre documento que Su Santidad puso, «con el corazón rebotante de confiada esperanza, bajo la insignia de Cristo Rey». Después del trascendental exordio, habla así Pío XII:

*«Como Vicario de Aquel que en una hora decisiva, delante del representante de la más alta autoridad terrena de entonces, pronunció la augusta palabra: Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad: todo aquel que pertenece a la verdad oye mi voz (S. Juan, 18, 37), Nos estamos persuadidos que el principal deber que Nos impone nuestro oficio y nuestro tiempo es dar testimonio de la verdad con fortaleza apostólica, testimonium perhibere veritati. Este deber implica, necesariamente, la exposición y la refutación de errores y de culpas humanas que es menester conocer para que sea posible el tratamiento y la cura: conoceréis la verdad y la verdad os librará (S. Juan, 8, 32). En el cumplimiento de este nuestro deber no nos dejaremos influir por consideraciones terrenas ni titubaremos por desconfianzas y contradicciones, por repulsas e incomprensiones, ni por temor de malas inteligencias y de falsas interpretaciones. Nuestra conducta estará siempre animada de aquella ca-*

*»ridad paternal que mientras sufre por los males que atormentan a los hijos, les señala el remedio: en una palabra, nos esforzaremos por imitar al divino modelo de los pastores, Jesús, el Buen Pastor, que es, al mismo tiempo, luz y amor: Veritatem facientes in caritate.*

**«Al comienzo del camino que conduce a la indigencia espiritual y moral de los tiempos presentes, se yerguen los nefastos esfuerzos de no pocos por destronar a Cristo, el apartamiento de la ley de la Verdad que El anunció, de la ley del amor, aliento vital de su reino. El reconocimiento de los derechos reales de Cristo, y la vuelta de los particulares y de la sociedad a la ley de su verdad y de su amor, son la única vía de salvación.»**

**«En el momento en que escribimos estas líneas, Venerables Hermanos, Nos llega la espantosa noticia de que no obstante todos Nuestros esfuerzos por conjurarlo, el terrible huracán de la guerra se ha desencadenado ya...»**

Nada hubiera podido subrayar de modo tan trágicamente eficaz la radical y tremendamente lógica afirmación del Papa, que este hecho del estallido de la guerra mundial; «si todavía alguno no estuviera despierto, la realidad trágica le sacudiría con las palabras del Profeta: Sordos, oíd, y ciegos, ved». El Papa nos estaba hablando de *la única vía de salvación*: proclamaba en verdad, con mayor insistencia aún, la consigna de su predecesor: «No hay paz de Cristo sino en el Reino de Cristo.» Pero mientras Pío XI vaticinaba los caminos por los que vendrían la guerra o la paz, la ruina o la salud, ahora, por desgracia, Pío XII no tenía sino consignar una noticia espantosa e invitar a los hombres a aprender por la experiencia.

### **Lo único necesario, que es imposible**

El lector recordará, sin duda, un autorizado y trascendental juicio llegado de Roma acerca de la presente situación del mundo, que apareció en CRISTIANDAD en 1.º de octubre del pasado año 1950. De él es esta extraña y paradójica fórmula que define a maravilla la tarea de los católicos: Trabajar por la conversión del mundo, es decir, *hacer volver a los individuos y a las sociedades a la ley de la verdad y del amor de Cristo*, ésta es la tarea urgente que nos incumbe, y es éste *«un deber gravísimo, tan grande que no puede en modo alguno ser cumplido por nosotros»*; y aunque *«debemos sin vacilación decir que es imposible que la Iglesia, con los medios humanos, pueda cumplir este deber»*, no podemos, en este caso, refugiarnos en aquello de que *«a lo imposible nadie viene obligado»*; al contrario, ello nos obliga y apremia, en primer término, a poner *«toda nuestra confianza en los medios sobrenaturales y únicamente en ellos»*, y también, además, a *«emplear los medios naturales de todas las maneras posibles»*.

Ya desde la primera proclamación de esta Cruzada, que, según anunció el Papa en el Mensaje navideño, va a tomar un nuevo impulso con la extensión de las gracias jubilares a todo el mundo en este año 1951, se nos recordaba que era preciso insistir en la consigna de esperanza y aliento: «El advenimiento del Reino del amor de Cristo puede ser acelerado con nuestras oraciones y reparaciones lo mismo que con nuestra acción y apostolado.»

### De momento no es posible obtener en la vida pública...

Para esta acción de reconquista de la sociedad para Cristo, de reconstrucción de una nueva Cristiandad, se nos ha dado a los católicos de hoy todo un cuerpo de doctrina y todo un programa de acción religioso-político-social. Dar a conocer este programa salvador, desplegar al viento esta bandera, invitando a los católicos a una movilización general, tal ha sido la actitud de los Papas, tal es también la labor que como el más humilde altavoz de su llamamiento se propone llevar a cabo, de modo cada vez más explícito, nuestra Revista.

Ahora bien, algo que se nos ha dicho desde muy alto puesto y con autorizado juicio podría, tal vez, ser para nosotros, si no lo comprendemos en su verdadero sentido, un argumento de desaliento o de inactividad:

«Nosotros los católicos conocemos los principios que llevan a procurar la salvación del linaje humano... Y debemos trabajar con todas nuestras fuerzas para que se reconozcan y pongan en práctica, así en la vida privada como en la pública.

»Mas la experiencia nos enseña que, *de momento, no es posible obtener en la vida pública tal reconocimiento práctico de la doctrina de la Iglesia.*

»Nos falta algo todavía que es necesario para lograr la victoria de Cristo. Este requisito imprescindible es la oración.»

Una intervención extraordinaria de la gracia de Dios: he aquí lo único que puede hacernos creer en la posibilidad práctica de un retorno de la humanidad en la sociedad internacional, en la vida política y en la ordenación económico-social al acatamiento de las leyes de Dios y de las enseñanzas de la Iglesia.

En esta reconquista, y para la cooperación que de nosotros se exige, ¿no quedará en la sociedad humana la posibilidad de conservar en alguna parte la integridad de la síntesis de la religión y de la vida, que es el principio animador de toda civilización cristiana? ¿No podrá el cristiano defender en algún elemento social el reinado práctico e íntegro de la ley de Cristo?

Sería absurdo negarlo; y sin pretender con ello resolver el problema en su conjunto, hemos querido subrayar aquí este hecho: a saber, la invitación y el aliento que el Papa quiere dar a la familia cristiana. Porque la institución familiar —célula de la sociedad—, *cuyos derechos y deberes son anteriores y más inmediatamente naturales que los del Estado*, según enseñó León XIII en la «Rerum Novarum», tiene robustecida, por el carácter sobrenatural del sacramento del matrimonio, una tal fuerza íntima que le da el poder de triunfar fácilmente, como acaba de decir Pío XII, «sobre toda otra institución humana».

### La movilización general del pueblo cristiano El llamamiento a la familia

Se nos dice en la «Summi Pontificatus»:

«Una ferviente falange de hombres y mujeres, de jóvenes de ambos sexos, obedeciendo la voz del Sumo Pastor,

*a las órdenes de sus Obispos, se consagran con todo el ardor de su ánimo a las obras de apostolado, para reducir a Cristo las masas del pueblo que de Él se habían alejado. Ellos, en verdad, han puesto su vida y su obra bajo la bandera de Cristo Rey; y pueden repetir con el salmista: «Yo consagro mis obras al Rey.» El «venga a nos el tu reino» no sólo es el voto ardiente de sus plegarias, sino aun la regla directiva de sus acciones.*

»En la labor de promover esta colaboración de los seculares en el apostolado, tan importante en nuestros tiempos, toca una especial misión a la familia; porque el espíritu de la familia influye esencialmente en el espíritu de las nuevas generaciones. Mientras en el hogar doméstico brille la llama sagrada de la fe en Cristo, y los padres amolden la vida de los hijos según esta fe, **la juventud estará siempre dispuesta a reconocer las prerrogativas reales del Redentor, y a oponerse a quien quiera desterrarlo de la sociedad y profanar sacrílegamente sus derechos.**»

»Cuando se cierran las iglesias, cuando se quita de las escuelas la imagen del Crucifijo, **queda la familia como el refugio providencial, y en cierto sentido, inatacable, de la vida cristiana.**»

»Damos infinitas gracias a Dios al ver que innumerables familias cumplen esta su misión con una fidelidad que no se deja amedrentar ni por ataques ni por sacrificios. Un poderoso escuadrón de jóvenes de ambos sexos, aun en aquellas regiones donde la fe en Cristo significa sufrimiento y persecución, permanecen firmes junto al trono del Redentor con aquella tranquilidad y decisión segura que Nos hace recordar los tiempos más gloriosos de las luchas de la Iglesia.»

### Espíritu cristiano de familia y espíritu de Cruzada

Creemos que estas vibrantes consignas del Papa son, de sí, suficientemente expresivas para revelarnos cuál es la auténtica misión de la familia cristiana en la lucha «*bajo las banderas del Rey*», a la que ningún católico puede dejar de sentirse convocado.

Porque a menudo, cuando oímos a alguien afirmar que su única preocupación es la «vida de familia», tememos que quien esto dice intente cerrar sus oídos al llamamiento de la realidad y rehuir el tomar parte en lo que de todos se exige: es decir, que quien esto afirma no quiere dejarse arrastrar por el que es el espíritu que la actualidad requiere: el espíritu de Cruzada.

Y, por desgracia, la experiencia enseña que este temor se cumple en bastantes ocasiones: esto solo basta para probar el hecho lamentable de la infiltración, no sólo en la vida social y económica, sino en lo más íntimo de la vida de familia, del que es la antítesis del espíritu de Cruzada, el espíritu materialista de «bienestar» y de comodidad, *el espíritu burgués.*

No es este egoísmo de la familia el que puede dar a la Iglesia los soldados que necesita; cuando el Papa señala que al apartarse la sociedad de Dios, «queda la familia como un refugio inatacable de la vida cristiana» y que ella es capaz de vencer a toda otra sociedad, nos sugiere que, aun cuando no pueda ya llamar a reyes y ciudades cristianas para la defensa de la religión y la propagación de la civilización cristiana, sí puede todavía dirigir su llamamiento a las familias cristianas. Ellas están ahora, en la defensa y en la conquista, en primera línea de batalla, son las catacumbas y las avanzadas de una nueva Cristiandad.

F. C. V.





## La familia y la ley de Dios

# «NO POCOS CATOLICOS SIENTEN CONFUSA Y ERRONEAMENTE»

Una falsa filosofía enseña el desprecio de la ley como ajena a la verdadera naturaleza del hombre

### El filósofo Berdiaeff

No es la primera vez que el nombre del filósofo ruso Berdiaeff aparece en estas columnas (1). Sus obras han sido ampliamente difundidas en el idioma castellano, entre otras razones probablemente porque se trata de un filósofo existencialista, lo cual no deja de ser, como si dijésemos, la última palabra en las actuales tendencias del pensamiento filosófico; pero quizá más que nada por tratarse de un existencialista cristiano de firma reconocida.

Y, sin embargo, Berdiaeff, como decíamos en otra ocasión (2), piensa al margen del cristianismo de la Iglesia, de la Iglesia católica, depositaria de la doctrina de Cristo. Y piensa así en una de sus más recientes obras traducidas al español, en «*La destinación del hombre*» (3), que pretende seguramente, si no en la mente del autor, por lo menos en la de muchos de sus lectores —y esto es importante en la medida en que una obra publicada deja ya de ser patrimonio únicamente del autor—, pretende, decimos, pasar por cristiana en el más ortodoxo de los sentidos.

Por lo que se refiere al existencialismo, el llamado cristiano es tan antiguo como la misma doctrina y como la misma persona de Cristo. En esto mismo debe de pensar Berdiaeff cuando distingue una ética de la ley y una ética de la gracia. (Obra citada, p. 129 y sg.)

Lo que parece no tener en cuenta Berdiaeff es que la Redención, además de la gracia, viene a establecer una nueva ley, una norma vitalizada en la Persona del Salvador, y una radical implantación del género humano, del individuo-persona, en la vida normalizada por el orden sobrenatural al que da sentido la misma Existencia del Hijo de Dios en el Mundo.

Berdiaeff considera incompatible la ley, y en tal caso, el orden, con la vida de la gracia, con lo que él llamará auténtica vida personal. Por eso fulmina todo el peso de su personalismo contra toda traba que la sociedad oponga a la libre expansión del espíritu, que es, fundamentalmente, amor.

### Una paradoja y su solución

Ahora bien, he aquí la paradoja: la libertad de la persona, su consistencia espiritual, el amor, el amor perfecto, tiene una vía de expansión natural, la familia. Pero es aquí donde la persona se tropieza con la ley, con la norma, con la coartación.

Este es, ni más ni menos, el problema con que se enfrenta Berdiaeff, y ante el cual pretende adoptar una actitud verdaderamente cristiana. Pero, ¡nótese bien!, la solución que propone viene a ser el divorcio. Oigámosle, de ahora en adelante, a él mismo debatiéndose con el tema:

(1) Vid. *CRISTIANDAD*, en el núm. 29, año 1945, el artículo «Corazón de Jesús, en donde están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia»; y en el núm. 150, año 1950 el artículo «Espíritu burgués y espíritu de cruzada».

(2) Vid. *CRISTIANDAD*, núm. 150, el artículo citado.

(3) Edit. Janés, Barcelona, 1947. Segunda edición.

«La negación del divorcio —dice textualmente—, que la Iglesia católica mantiene con singular persistencia, constituye una de las mayores crueldades de la vida» (Ibid., página 307 (4). Y un poco más adelante: «La negación del divorcio corresponde a una concepción jurídica del cristianismo.» (Ibid.)

Esta última expresión nos sitúa cabalmente en la línea de pensamiento de Berdiaeff sobre esta materia. Concepción jurídica del cristianismo, dice el filósofo ruso; porque, según él, «en la vida del sexo reina un conflicto particularmente trágico entre la persona y la sociedad, un choque fatal entre los destinos individuales y los destinos colectivos». (Ibid., p. 304.)

Y sigue diciendo: «El amor, por su esencia, es un fenómeno extra-social que carece de toda relación con la sociedad y la especie, es un fenómeno eminentemente personal, únicamente unido al individuo.» (Ibid., p. 305.)

### Ética de la ley y ética de la gracia

Recordemos ahora, para entender lo que esto pueda querer decir, lo que advertíamos un poco más arriba. Berdiaeff contraponen una ética de la ley a una ética de la gracia, la ética farisaica a la ética evangélica. Transcribimos un párrafo suficientemente explícito:

«El problema ético fundamental podría formularse de este modo: ¿puede ser la idea del bien la finalidad de la vida humana y el manantial de todas las valoraciones vitales? La ética toma, generalmente, como base la ética suprema del bien, creyendo encontrar en ella su carácter específico. Pero semejante actitud entraña un peligro, pues en cuanto la ética se funda sobre la idea del bien, considerada como idea suprema, se transforma en una ética jurídica y normativa. *El cristianismo, en sus juicios vírgenes y originales*, no sólo ha dudado de que la idea del bien pueda ser suprema en la vida, sino que incluso ha opuesto vigorosamente su moral a la que se había fundado sobre semejante principio. Porque su piedra angular no es la idea abstracta y siempre impotente del bien, que necesariamente equivale, para el hombre, a una norma y a una ley, sino el ser vivo, la persona, la actitud individual del hombre con respecto a Dios y al prójimo.» (Ibid., p. 154.)

Fijémonos en esta frase: «el cristianismo, en sus juicios vírgenes y originales». Quiere referirse Berdiaeff a la moral evangélica. Después, esa ética, al socializarse, por decir así, ha cristalizado en normas y leyes. Sin embargo, «aunque para el pensamiento cristiano la vida del sexo haya continuado siendo un hecho exclusivamente fisiológico y social concerniente a la vida de la especie y no a la del individuo, instituyó por medio de su Iglesia el sacramento del matrimonio. Pero como el sacramento está siempre unido a la vida íntima de la persona, de ello se ha derivado para el mundo cristiano una prodigiosa tragedia. La vida de la persona resulta sacrificada, pues, a la vida

(4) Los subrayados son nuestros.



Berdiaeff

de la especie y de la sociedad. La naturaleza misma del sacramento del matrimonio ofrece un problema insoluble, en absoluto contraste con los otros sacramentos». (Ibid., página 306.)

En resumidas cuentas, que la familia, según Berdiaeff, es una concepción jurídica del cristianismo. O, dicho de otro modo, Berdiaeff no cree en la familia cristiana. En ciertas condiciones, dice, «el matrimonio siempre resulta reducido a un rito formal, desprovisto de todo contenido espiritual, a pesar de acarrear fatales consecuencias en la vida de los seres». (Ibid., p. 306.)

### Institución social y sacramento

La familia que acepta Berdiaeff es aquella en la que «el matrimonio es eterno e indisoluble, pero únicamente como unión que goza de una esencia eterna en la que la imagen andrógina del hombre se restablece, y en la que el ser encuentra aquel o aquella que le ha sido predestinado; en otras palabras, esa eternidad y esa indisolubilidad corresponden a una verdad ontológica. El matrimonio es un secreto, pero sólo lo es si su contenido es el amor, poseedor de una realidad ontológica, en cuyo caso su propiedad fundamental es la libertad. Toda sujeción o violencia social despoja a la unión de dos seres de su sentido misterioso y místico». (Ibid., p. 308.)

Y en tal caso, matrimonio y familia «deben ser considerados como instituciones sociales, jurídicas y económicas, determinadas por las leyes de la cotidianidad y distintas del sacramento. Sólo es sagrado, misterioso y místico el amor ontológico, el amor único y eterno que conduce al Reino de Dios. Y es precisamente este sentido sagrado y místico el que no ha sido valorizado por la conciencia de la Iglesia». (Ibid.)

«Por eso, éticamente hablando —sigue diciendo más adelante—, debemos saludar todo proceso que venga a manumitir la vida del sexo y la de la familia.» Y acaba afirmando: «... proceso que, evidentemente, designará para la conciencia cristiana una cosa enteramente distinta de lo que sería una proclamación de los derechos de la carne». (Ibid.)

¡Ahí está el «quid»: que contrariamente a lo que pudiera esperar Berdiaeff resultase esa manumisión una proclamación de tales derechos!

Precisamente a continuación nos encontramos con la confesión: «Pero lo que es más grave todavía es que la sociedad no es la única en profanarlo (al amor); la persona misma se hace culpable de su profanación por sus

*pasiones pecaminosas, sus encantos y sus emociones.»* (Ibid., p. 309.)

### La tragedia de la familia

«La familia está unida a la cotidianidad social —insiste Berdiaeff—, se halla sometida a sus leyes, y por eso entibia frecuentemente el ardor del amor.» (Ibid., p. 311.) «La eterna tragedia de la familia se debe a que el hombre y la mujer representan dos mundos distintos, cuyos fines no coinciden jamás. Este principio trágico existe ya en el amor, pero se cristaliza en la familia, donde todo se entorpece, se solidifica, y donde lo trágico mismo adquiere un carácter banal. La mujer posee una estructura psíquica y un sentimiento de la vida que se diferencian radicalmente de los del hombre (...). En suma, la mayor parte de los matrimonios son desgraciados. Disimulan penosos conflictos que enfrentan al consciente con el inconsciente. El primero, elaborado por la cotidianidad social, trata de ahogar al segundo, que engendra en la familia un número incalculable de dificultades. Sólo el auténtico amor logra superar estos conflictos y resolver a las mil maravillas sus relaciones. Pero el amor verdadero es una flor rara en nuestro mundo, flor que no pertenece a la cotidianidad.» (Ibid., p. 312.)

Solamente un valor espiritual de la familia queda a salvo de esta crítica, aquel que reside en el mutuo sufrimiento de los cónyuges. «Sería un error —advierte Berdiaeff— deducir que la familia no entraña ninguna profundidad y negarle superficialmente todo sentido espiritual. Este sentido no reside únicamente en el hecho de que el amor se halla introducido bajo la forma familiar en nuestro mundo trivial, sino que radica, ante todo, en el hecho de que el hogar enseña a llevar recíprocamente sus cargas a los miembros que lo constituyen, representa una escuela de sacrificio que une a las almas frente a los sufrimientos y a las angustias de la vida. La familia, como casi todo el mundo caído, implica una dualidad, porque si le es dado mitigar ciertos sufrimientos y aliviar ciertas cargas, le es fácil también crear otros nuevos e incalculables padecimientos. Si en cierto modo libera al individuo, lo sojuzga también al provocarle conflictos trágicos con su vocación y su vida espiritual.» (Ibid., p. 312.)

### Cómo es posible la monogamia

Mas luego sigue Berdiaeff con su diatriba. La necesidad de la monogamia se plantea únicamente cuando el amor no existe. De aquí su carácter coercitivo.

«No es inherente en modo alguno —dice— a la «naturaleza» del hombre, no siempre ha existido, y sólo se ha formado al llegar a un cierto estadio del desarrollo humano. Si la monogamia es posible, sólo lo es realmente según la gracia, pero no según la naturaleza o según la ley. Constituye mucho más un fenómeno de orden espiritual y místico, que un fenómeno de orden natural y social. Y es, además, en esto en lo que reside su paradoja fundamental. En efecto, el matrimonio monógamo es reivindicado por la cotidianidad social, a la que precisamente no es inherente por su naturaleza. Nos vemos, pues, impelidos a reconocer que sólo puede ser afirmado nominalmente, pero no realmente.» (Ibid., p. 312.)

Lo que a esto pueda oponer la Iglesia queda, según Berdiaeff, previamente puesto en tela de juicio por una razón sencilla que el autor coloca casi en la cabecera de su disertación:

«Es particularmente inquietante constatar que la doctrina cristiana y los doctores de la Iglesia no han reparado en el fenómeno del amor y no hayan tenido nada que decir acerca de su significación. En efecto, todo lo que hallamos en la literatura patristica y en los teólogos cristianos sobre el matrimonio y la familia nos sorprende por su nivel inferior.» (Ibid., p. 305.)

F. H.

# Balmes vindica la Ley divina del matrimonio

TAL COMO LA PROCLAMA LA NATURALEZA DEL HOMBRE  
Y LA PROMULGA LA DOCTRINA DE LA IGLESIA

*El hecho de que el amor se desenvuelva en la línea de la libertad hace pensar a Berdiaeff que es radicalmente antagónico de toda ley o norma. Seguramente es esto lo que le arrastra hasta la atrevida afirmación de que los doctores de la Iglesia no han reparado en el fenómeno del amor.*

*Una prueba, prueba decisiva, entre las muchas que convertirían en ridícula la apreciación de Berdiaeff en este punto la tiene el lector si considera hasta qué extremo «la mediocridad de los conceptos del amor» en los doctores de la Iglesia ha sido fecunda para la espiritualidad, la libertad y, en definitiva, para el más puro concepto de la persona en nuestra civilización.*

*Libertad y ley, amor y vínculo, persona y coerción. He aquí los términos de la paradoja. Que no es tal si atendemos a las palabras de Pío XII:*

*«Esta estrecha vinculación entre el matrimonio y la familia con la ley de Dios es como el fundamento y la cima de Nuestra consideración. Sólo este acuerdo da al pacto nupcial, contra la ligereza de los hombres, contra su inconstancia y mutabilidad en las arduas crisis de la vida, la defensa y protección absolutamente necesarias.» Lo cual, añade el Papa, «no hiere a la índole propia de la sociedad doméstica, ni convierte en falso e infiel el vínculo que une entre sí a los cónyuges».*

*Por este lado reivindica también Balmes a la persona, al amor y a la familia cristiana. El Papa actual, por su parte, señala el camino de la sana doctrina cuando en la mente de muchos se agudiza la antinomia «ley y libertad», advirtiéndolo sobre opiniones semejantes o iguales a las del filósofo ruso. En estos términos:*

*«Sobre lo cual no pocos católicos sienten confusa y erróneamente. Pues una falsa filosofía enseña que es absolutamente necesario despreciar y rechazar toda norma dada extrínsecamente, a saber, la ley, como ajena a la*



*verdadera naturaleza del hombre, y destructora, como enemiga, del vigor íntegro y fecundo de la vida.»*

*Pocas veces encontraremos como en los párrafos de Balmes que vamos a transcribir, juicios más certeros en la verdad de este problema, que afecta de un modo profundo a la sociedad, en especial a la de nuestros tiempos. Dotados de un grave realismo, asombran no menos por la sabiduría que contienen como por el sentido común que traspasan todos los pasajes.*

*Dice Balmes:*

\* \* \*

## El rigor de la indisolubilidad

»Gratitud eterna deben los pueblos europeos al Catolicismo, por haberles conservado la monogamia, que, a no dudarlo, ha sido una de las causas que más han contribuido a la buena organización de la familia y al realce de la mujer.

»Al lado de la monogamia puede decirse que figura, por su alta importancia, la indisolubilidad del matrimonio. Aquellos que se apartan de la doctrina de la Iglesia opinando que es útil en ciertos casos permitir el divorcio, de tal manera que se considere, como suele decirse, disuelto el vínculo, y que cada uno de los consortes pueda pasar a segundas nupcias, no me podrán negar que miran el divorcio como un remedio, y remedio peligroso de que el legislador echa mano a duras penas, sólo en consideración a la malicia o a la flaqueza; no me podrán negar que el multiplicarse mucho los divorcios acarrearía males de gravísima cuenta, y que para prevenirlos en aquellos países donde las leyes civiles consienten ese abuso, es menester rodear la permisión de todas las precauciones imaginables; y, por consiguiente, tampoco me podrán disputar que el establecer la indisolubilidad como principio moral, el cimentarla sobre motivos que ejercen poderoso ascendiente sobre el corazón, el seguir la marcha de las pasiones, teniéndolas de la mano para que no se desvien por tan res-

baladiza pendiente, es un eficaz preservativo contra la corrupción de costumbres, es una garantía de tranquilidad para las familias, es un firme reparo contra gravísimos males que vendrían a inundar la sociedad; y, por tanto, que obra semejante es la más propia, la más digna de ser objeto de los cuidados y del celo de la verdadera religión.

»Pero, se nos dirá a los católicos, ¿no encontráis vuestras doctrinas sobrado duras, demasiado rigurosas? ¿No advertís que esas doctrinas prescinden de la flaqueza y volubilidad del corazón humano, que le exigen sacrificios superiores a sus fuerzas? ¿No conocéis que es inhumano sujetar a la rigidez de un principio las afecciones más tiernas, los sentimientos más delicados, las inspiraciones más livianas? ¿Concebís toda la dureza que entraña una doctrina que se empeña en mantener unidos, amarrados con el lazo fatal, a dos seres que ya no se aman, que ya se causan mutuo fastidio, que quizá se aborrecen con un odio profundo? A estos seres que suspiran por su separación, que antes quisieran la muerte que permanecer unidos, responderles con un *jamás*, con un eterno *jamás*, mostrándoles, al propio tiempo, el sello divino que se grabó en su lazo en el momento solemne de recibir el sacramento del matrimonio, ¿no es olvidar todas las reglas de la prudencia, no es un proceder desesperante? ¿No vale algo más la indulgencia del Protestantismo, que, acomodándose a la flaqueza humana, se presta más fácilmente a lo que exige a veces nuestro capricho, a veces nuestra debilidad?

»Es necesario contestar a esta réplica, disipar la ilusión que puedan causar este linaje de argumentos, muy a propósito para inducir a un errado juicio, seduciendo de antemano el corazón. En primer lugar, es exagerado el decir que con el sistema católico se reduzca a un extremo desesperante a los esposos desgraciados. Casos hay en que la prudencia demanda que los consortes se separen, y entonces no se oponen a la separación ni las doctrinas ni las prácticas de la Iglesia católica. Verdad es que no se disuelve por eso el vínculo del matrimonio, ni ninguno de los consortes queda libre para pasar a segundas nupcias; pero hay ya lo bastante para que no se pueda suponer tiranizados a ninguno de los dos; no se los obliga a vivir juntos, y, de consiguiente, no sufren ya el tormento, a la verdad intolerable, de permanecer siempre reunidas dos personas que se aborrecen.

»Pero, bien —se nos dirá—, una vez separados los consortes no se los atormenta con la cohabitación que les era tan penosa, pero se los priva de pasar a segundas nupcias, y, por tanto, se les veda el satisfacer otra pasión que puedan abrigar en su pecho, y que quizá fué la causa del fastidio o aborrecimiento, de que resultaron la discordia y la desdicha en el primer matrimonio. ¿Por qué no se considera entonces este matrimonio como disuelto del todo, quedando enteramente libres ambos consortes? ¿Por qué no se les permite seguir las afecciones de su corazón, que, fijado ya sobre otro objeto, les augura días más felices? Aquí, donde la salida parece más difícil, donde la fuerza de la dificultad se presenta más apremiadora, aquí es donde puede alcanzar el Catolicismo un triunfo más señalado, aquí es donde puede mostrar más claramente cuán profundo es su conocimiento del corazón del hombre, cuán sabias son en este punto sus doctrinas, cuán previsora y atinada su conducta. Lo que parece rigor excesivo no es más que una severidad necesaria, y que tanto dista de merecer la tacha de cruel, que antes bien es para el hombre una prenda de sosiego y bienestar. A primera vista no se concibe cómo pueda ser así, y, por lo mismo, será menester desentrañar este asunto, descendiendo en cuanto posible sea a un profundo examen de los principios que justifican a la luz de la razón la conducta observada por el Catolicismo, no sólo por lo tocante al matrimonio, sino también en todo lo relativo al corazón humano.

### Dos modos de enfrentarse con las pasiones

»Cuando se trata de dirigir las pasiones se ofrecen dos sistemas de conducta. Consiste el uno en condescender, el otro en resistir. En el primero se retrocede delante de ellas a medida que avanzan; nunca se les opone un obstáculo invencible, nunca se las deja sin esperanza; se las señala, en verdad, una línea para que no pasen de ciertos límites, pero se les deja conocer que, si se empeñan en pisarla, esta línea se retirará un poco más, por manera que la condescendencia está en proporción con la energía y la obstinación de quien la exige. En el segundo también se marca a las pasiones una línea de la que no pueden pasar; pero esta línea es fija, inmóvil, resguardada en toda su extensión por un muro de bronce. En vano lucharían para salvarla; no les queda ni una sombra de esperanza; el principio que las resiste no se alterará jamás, no consentirá transacciones de ninguna clase. No les queda recurso de ninguna especie, a no ser que quieran pasar adelante por el único camino que nunca puede cerrarse a la libertad humana: el de la maldad. En el primer sistema se permite el desahogo para prevenir la explosión; en el segundo no se consiente que principie el incendio para no verse obligado a contener su progreso; en aquél se teme a las pasiones cuando están en su nacimiento y se confía limitarlas cuando hayan crecido; en éste se conceptúa que si no es

fácil contenerlas cuando son pequeñas, lo será mucho menos cuando sean grandes; en el uno se procede en el supuesto de que las pasiones, con el desahogo se disipan y debilitan; en el otro se cree que satisfaciéndose no se sacian y que, antes bien, se hacen más sedientas.

### La firmeza del Catolicismo

»Generalmente hablando, puede decirse que el Catolicismo sigue el segundo sistema: es decir, que, en tratando con las pasiones, su regla constante es atajarlas en los primeros pasos, dejarlas, en cuanto cabe, sin esperanza, ahogarlas, si es posible, en la misma cuna. Y es necesario advertir que hablamos aquí de la severidad con las pasiones, no con el hombre que las tiene; que es muy compatible no transigir con la pasión y ser indulgente con la persona apasionada, ser inexorable con la culpa y sufrir benignamente al culpable. Por lo tocante al matrimonio, ha seguido este sistema con una firmeza que asombra; el Protestantismo ha tomado el camino opuesto; ambos convienen en que el divorcio que llevare consigo la disolución del vínculo es un mal gravísimo; pero la diferencia está en que, según el sistema católico, no se deja entrever ni siquiera la esperanza de que pueda venir el caso de esa disolución, pues se la veda absolutamente, sin restricción alguna; se la declara imposible, cuando en el sistema protestante se la puede consentir en ciertos casos; el Protestantismo no tiene para el matrimonio un sello divino que garantice su perpetuidad, que la haga inviolable y sagrada; el Catolicismo tiene este sello, le imprime en el misterioso lazo, y, en adelante, queda el matrimonio bajo la guarda de un símbolo augusto.

»Meditando sobre la naturaleza del corazón del hombre, y ateniéndonos a lo que nos enseña la experiencia de cada día, puede asegurarse que el medio más adaptado para enfrenar una pasión es dejarla sin esperanza; y que el condescender con ella, el permitirle continuos desahogos, es incitarla más y más, es jugar con el fuego alrededor del combustible, dejarle que prenda en él una y otra vez, con la vana confianza de que siempre será fácil apagar el incendio.

### Hay en el corazón humano una pasión

»Hay en el corazón humano una pasión formidable que ejerce poderosa influencia sobre los destinos de la vida y que con sus ilusiones engañosas y seductoras labra no pocas veces una larga cadena de dolor y de infortunio. Teniendo un objeto necesario para la conservación del humano linaje, y encontrándose, en cierto modo, en todos los vivientes de la naturaleza, revístese, sin embargo, de un carácter particular con sólo abrigarse en el alma de un ser inteligente. En los brutos animales, el instinto la guía de un modo admirable, limitándola a lo necesario para la conservación de las especies; pero, en el hombre, el instinto se eleva a pasión, y esta pasión, nutrida y avivada por el fuego de la fantasía, refinada con los recursos de la inteligencia y veleidosa e inconstante por estar bajo la dirección de un libre albedrío, que puede entregarse a tantos caprichos cuantas son las impresiones que reciben los sentidos y el corazón, se convierte en un sentimiento vago, voluble, descontentadizo, insaciable, parecido al mal estar de un enfermo calenturiento, al frenesí de un delirante, que ora divaga por un ambiente embalsamado de purísimos aromas, ora se agita convulsivo con las ansias de la agonía.

»En la edad viril, cuando el pensamiento es más grave y más fijo, cuando el corazón ha perdido de su inconstancia, cuando la voluntad es más firme y los propósitos más duraderos, cuando la conducta que debe regir los destinos de la vida está ya sujeta a una norma y como encerrada



Grabado de un Christmas de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Barcelona, galantemente cedido para este número por dicha entidad.

Dios misericordioso, habiendo determinado llevar a cabo la obra de la redención humana, que de antiguo los siglos habían aguardado, de tal manera dispuso el plan y el orden de esta obra que sus mismos comienzos mostrasen al mundo el augusto ejemplar de la familia por El constituida, en la cual todos los hombres viesen el ideal absoluto de la sociedad doméstica y de toda virtud y santidad.

**TAL ES CIERTAMENTE LA FAMILIA DE NAZARETH**

(León XIII. Breve «*Neminen fugit*»)

en un carril, todavía se agita en el corazón del hombre esta pasión misteriosa, todavía le atormenta con inquietud incesante. Sólo que entonces, con el mayor desarrollo de la organización física, la pasión es más robusta y más enérgica; sólo entonces, con el mayor orgullo que inspiran al hombre la independencia de la vida, el sentimiento de mayores fuerzas y la mayor abundancia de medios, la pasión es más decidida, más osada, más violenta; así como, a fuerza de los desengaños y escarmientos que le ha dado la experiencia, se ha hecho más cautelosa, más previsora, más astuta; no anda acompañada de la candidez de los primeros años, sino que sabe aliarse con el cálculo, sabe marchar a su fin por caminos más encubiertos, sabe echar mano de medios más acertados. ¡Ay del hombre que no se precave a tiempo contra semejante enemigo! Consumirá su existencia en una agitación febril; y de inquietud en inquietud, de tormenta en tormenta, si no acaba con la vida en la flor de sus años, llegará a la vejez dominado todavía por su pasión funesta; ella le acompañará hasta el sepulcro, con aquellas formas asquerosas y repugnantes con que se pinta en un rostro surcado por los años, en unos ojos velados que auguran la muerte ya cercana.

### La santa severidad de la Iglesia

»Ahora bien; ¿cuál es el sistema que conviene seguir para enfrenar esa pasión y encerrarla en sus justos límites, para impedir que no acarree al individuo la desdicha, a las familias el desorden, a las sociedades el caos? La regla invariable del Catolicismo, así en la moral que predica como en las instituciones que plantea, es la *represión*. Ni siquiera el deseo le consiente; y declara culpable a los ojos de Dios a quien mirare a una mujer con pensamiento impuro. Y esto, ¿por qué? Porque, a más de la moralidad intrínseca que se encierra en la prohibición, hay una mira profunda en ahogar el mal en su origen, siendo muy cierto que es más fácil impedir al hombre el que se complazca en malos deseos, que no el que se abstenga de satisfacerlos, después de haberles dado cabida en su abrasado corazón; porque hay una razón muy profunda en procurar de esta suerte la tranquilidad del alma, no permitiéndole que, cual sediento Tántalo, sufra con la vista del agua que huye de sus labios. *Quid vis videre quod non licet habere?* «¿Para qué quieres ver lo que no puedes obtener?», dice sabiamente el autor del admirable libro *De la Imitación de Jesucristo*, compendiando así en pocas palabras la sabiduría que se encierra en la santa severidad de la doctrina cristiana.

»Los lazos del matrimonio, señalando a la pasión un objeto legítimo, no ciegan, sin embargo, el manantial de agitación y de caprichosa inquietud que se alberga en el corazón. La posesión empalaga y fastidia, la hermosura se marchita y se aja, las ilusiones se disipan, el hechizo desaparece, y encontrando el hombre una realidad que está muy lejos de alcanzar a los bellos sueños a que se entregara allá en sus delirios una imaginación fogosa, siente brotar en su pecho nuevos deseos, y, cansado del objeto poseído, alimenta nuevas ilusiones, buscando en otra parte aquella dicha ideal que se imaginaba haber encontrado y huyendo de la triste realidad que así burla sus más bellas esperanzas.

»Dad entonces rienda suelta a las pasiones del hombre, dejadle que de un modo u otro pueda alimentar la ilusión de hacerse feliz con otros enlaces, que no se crea ligado para siempre y sin remedio a la compañera de sus días, y veréis cómo el fastidio llegará más pronto, cómo la discordia será más viva y ruidosa; veréis cómo los lazos se aflojan luego de formados, cómo se gastan con poco tiempo, cómo se rompen al primer impulso. Al contrario, proclamad la ley que no exceptúe ni a pobres ni a ricos, ni

a débiles ni a potentados, ni a vasallos ni a reyes, que no atienda a diferencias de situación, de índole, de salud ni a tantos otros motivos que en manos de las pasiones, y sobre todo entre los poderosos, fácilmente se convierten en pretextos; proclamad esa ley como bajada del cielo, mostrad el lazo del matrimonio como sellado con un sello divino, y a las pasiones que murmuran decidles en alta voz que si quieren satisfacerse no tienen otro camino que el de la inmoralidad, pero que la autoridad encargada de la guardia de esa ley divina jamás se doblegará a condescendencias culpables, que jamás consentirá que se cubra con el velo de la dispensa la infracción del precepto divino, que jamás dejará a la culpa sin el remordimiento, y entonces veréis que las pasiones se abaten y se resignan, que la ley se extiende, se afirma y se arraiga hondamente en las costumbres, y habréis asegurado para siempre el buen orden y la tranquilidad de las familias, y la sociedad os deberá un beneficio inmenso. Y he aquí, cabalmente, lo que ha hecho el Catolicismo, trabajando para ello largos siglos, y he aquí lo que venía a deshacer el Protestantismo, si se hubiesen seguido generalmente en Europa sus doctrinas y sus ejemplos, si los pueblos dirigidos no hubiesen tenido más cordura que sus directores.

### Razón de esta severidad

»Los protestantes y los falsos filósofos, examinando las doctrinas y las instituciones de la Iglesia Católica al través de sus preocupaciones rencorosas, no han acertado a concebir a qué servían los dos grandes caracteres que distinguen siempre por doquiera los pensamientos y las obras del Catolicismo: *unidad* y *fijeza*; *unidad* en las doctrinas, *fijeza* en la conducta, señalando un objeto y marchando hacia él, sin desviarse jamás. Esto los ha escandalizado; y después de declamar contra la *unidad* de la doctrina han declamado también contra la *fijeza* en la conducta. Si meditaran sobre el hombre conocerían que esta fijeza es el secreto de dirigirle, de dominarle, de enfrenar sus pasiones cuando convenga, de exaltar su alma cuando sea menester, haciéndola capaz de los mayores sacrificios, de las acciones más heroicas. Nada hay peor para el hombre que la *incertidumbre*, que la *indecisión*; nada que tanto le debilite y esterilice. Lo que es el escepticismo al entendimiento, es la indecisión a la voluntad. Prescribidle al hombre un objeto fijo, y haced que se dirija hacia él; a él se dirigirá y le alcanzará. Dejadle vacilando entre varios, que no tenga para su conducta una norma fija, que no sepa cuál es su porvenir, que marche sin saber adónde va, y veréis que su energía se relaja, sus fuerzas se enflaquecen, hasta que se abate y se para. ¿Sabéis el secreto con que los grandes caracteres dominan el mundo? ¿Sabéis cómo son capaces ellos mismos de acciones heroicas y cómo hacen capaces de ellas a cuantos les rodean? Porque tienen un objeto fijo para sí y para los demás; porque le ven con claridad, le quieren con firmeza y se encaminan hacia él sin dudas, sin rodeos, con esperanza firme, con fe viva, sin consentir la vacilación ni en sí mismos ni en los otros.

»Ved ahí algunas de las razones que justifican la severidad del Catolicismo; ved ahí por qué no ha podido mostrarse condescendiente con esa pasión que, una vez desenfrenada, no respeta linde ni barrera, que introduce la turbación en los corazones y el desorden en las familias, que gangrena la sociedad, quitando a las costumbres todo decoro, ajando el pudor de las mujeres y rebajándolas del nivel de dignas compañeras del hombre. En esta parte, el Catolicismo es severo, es verdad; pero esta severidad no podía renunciarla sin renunciar al propio tiempo sus altas funciones de depositario de la sana moral, de vigilante atalaya por los destinos de la humanidad.

(Fragmentos de los capítulos XXIV y XXV de «El Protestantismo comparado con el Catolicismo», de JAIME BALMES)

# FORMACION DE LA FAMILIA CRISTIANA



En el año 177 después de Jesucristo, los matrimonios aun se celebraban en Roma con el mismo ritual que en los tiempos heroicos de sus reyes casi legendarios.

A fines de este año, la boda de Cecilia y Valerio, vástagos de familias de la más antigua e ilustre tradición monárquica y republicana, «cuyos nombres compartían con los Cornelios la gloria de todas las conquistas romanas» (1), aparece como promesa de renuevos de vida en «una posteridad digna de sus abuelos».

El pueblo, ávido siempre de emociones y espectáculos, espera en las calles el paso de los que radiantes de felicidad van a encender en el sagrado fuego del amor fiel la antorcha del himeneo, juntando para siempre sus juventudes, su amor y su fortuna. De todos es conocida la belleza y la virtud de la novia. Todos ven con simpatía el apasionado amor de Valerio. Las dos familias realzan con esta unión el orgullo de su abolengo; Valerio está impaciente, y Cecilia, en la que cualquier conato de resistencia hubiera sido inútil, está pronta.

El tocado de la joven patricia se reviste de toda solemnidad, y cada prenda de su atavío tiene significado alegórico. La túnica blanca recuerda, en su sencillez, las que «tejía con sus manos la matrona Caia Cecilia», su real antepasada. Las seis trenzas que dividen sus cabellos evocan el peinado de las vestales; cubre el rubor de su rostro el tradicional velo de color de llama; ajusta su túnica el blanco ceñidor de ritual, y en honor a la simplicidad de las primitivas costumbres, se prescinde por un día de la ostentación habitual.

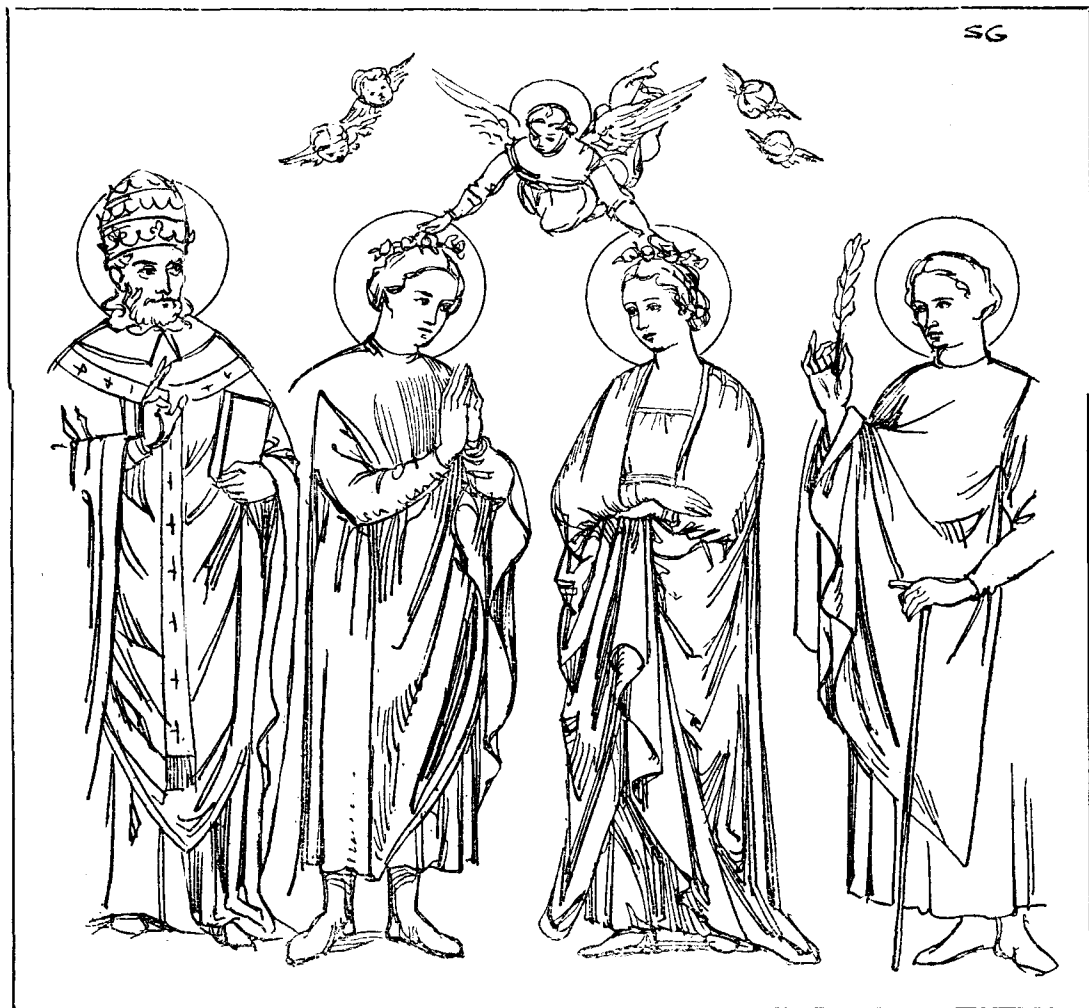
Preparada la novia, empieza la ceremonia. Se hace en su presencia la ofrenda del vino y de la leche, ponen en sus manos temblorosas el aro, símbolo de alianza, que ha de pasar a las de Valerio, e inmediatamente es conducida a casa del esposo.

Las antorchas nupciales preceden el cortejo; las multitudes, que aguardan hace rato, aplauden con entusiasmo. En la mansión Transtiberina, recuerdo glorioso de la in-

mortal Valeria (2), que ha sido adornada con guirnaldas floridas, espera Valerio, y, según la costumbre de los abuelos, le dirige la pregunta ritual: «¿Quién eres tú?» ¡Con qué emoción contestaría la hija de los Cecilios la fórmula que era para ellos el recuerdo venerado de Caia Cecilia, reemplazamiento nacional de la matrona entregada a los cuidados de la casa! «Donde esté Cayo, allí estará Caya.» La nueva desposada franquea el umbral de la que desde este momento es su mansión, recibe el agua, símbolo de la pureza; la llave, signo de responsabilidad y dominio en la administración interior, y se sienta «sobre un montón de vellones de lana que le recuerdan los trabajos domésticos a que ha de atender».

Los esposos, ya juntos, pasan al triclinio, y empieza el banquete. Al son armonioso de los instrumentos se canta el epitalamio, y, terminado el festín, «dos matronas guían los pasos temblorosos de Cecilia hasta el dintel de la cámara nupcial, resplandeciente con todo el lujo de la decoración romana, pero más imponente todavía por su misterioso silencio. Valerio va siguiendo los pasos de la virgen».

(2) Valerio, junto con Cecilia, huyó del campamento etrusco donde era prisionero para ir al campo republicano que guerrea para expulsar los Tarquinos. La casa a que fué Santa Cecilia estaba edificada donde tomó tierra después de atravesar el Tíber.



(1) Todas las palabras que van entre comillas son tomadas de la obra historia de «Vida Santa Cecilia».

## PLURA UT UNUM

Pero Cecilia es cristiana, y aunque la Iglesia, en aquel tiempo, consideraba válido el matrimonio efectuado con un pagano por los ritos tradicionales, suprimiendo, como en este caso los idolátricos, ¿quién adivinaría entre tantos regocijos y esplendores el impetuoso vaivén de congojas y esperanzas que se agitan en su corazón?

Entre lo que hace y lo que piensa, las soluciones humanamente se repelen. Se casa y ha hecho a Dios solemne promesa de no pertenecer a ningún hombre. Entra como señora en la mansión de su esposo, queda a su merced, y está resuelta a mantener su promesa. Se casa y espera precisamente, consintiendo en la unión tan ardientemente deseada con el joven pagano, valiente, enamorado, impetuoso, que hace tiempo sueña compartir con ella todas las glorias que les brinda el amor y la riqueza, que, al tenerla suya, renunciará a su posesión y trocará sus anhelos de placer y felicidad por la palma y la corona, patrimonio de los que están dispuestos a confesar la fe de Cristo, que aun no es la suya.

Cierto que tiene la valentía que corresponde a una hija de los vencedores del mundo, pero se ha lanzado a un combate para el que necesita algo más que el valor de una «hija de la antigua Roma».

Para vencer la pasión del apasionado Valerio, convertirle, hacerle amar las duras condiciones que impone en aquel tiempo la profesión de fe cristiana, ora, espera y confía. El Divino Esposo que eligió al entrar en la edad núbil, no la abandonará; lo cree ciegamente, pero, para más obligarle, escondió en el recamado de oro de su túnica agudas puntas de cilicio que torturaron su carne inocente; ayunos rigurosos han precedido a la fecha de la boda; sus ocupaciones de día y de noche las ha convertido en continua oración; sabe que un ángel la guarda; sobre su seno

lleva el Evangelio, Ley escrita de su Esposo inmortal, y llegado el día del combate decisivo, mientras aparta los ojos de los ritos tradicionales del casamiento y resuenan en el triclinio los cantos triunfales del epitalamio, va desgranando en su corazón las notas de un concierto que acompañan ángeles invisibles, y repite con el Salmista: «Que mi corazón y mi cuerpo se conserven puros...»

Fortalecida con sobrenatural audacia, cuando, apagados los últimos ecos del festín y la soledad de su aposento invita a los nuevos esposos a la intimidad de las confidencias, Cecilia descubre a Valerio su secreto... Sí, le ama mucho más que él a ella, desea de veras compartir con él amistad y cariño fraternales... pero hay un ángel que vela sobre su cuerpo con especial solicitud... si la respeta y la ama con amor puro, participará también de sus favores; si se le acerca con amor sensual, sucumbirá a su furor.

Habla sencillamente, la envuelve un halo de gracia y de luz y su lenguaje es desconocido para Valerio. El asombro y el recelo le turban; despiertan las dudas; muerden los celos; la pasión tiene reacciones de ira, y contesta, desafiante y fiero: «Muéstrame el ángel y haré lo que me dices, pero tiembla si es que quieres apartarme por amor de otro hombre, porque os atravesaré a los dos con mi espada.»

Ha llegado el momento de la prueba suprema, y Cecilia, en el inefable abandono de confianza en su divino Esposo, promete largamente... Verá al ángel cuando el bautismo haya impreso en su alma el carisma de las virtudes cristianas... en las afueras de Roma; por la Via Apia... en las tenebrosidades de una catacumba, encontrará al santo obispo Urbano, y de la mansión de la muerte saldrá lleno de vida.

Las palabras de Cecilia le apaciguan, le dominan, le so-





siegan; encuentra en su esposa hechizos ignorados hasta entonces; siente nacer un nuevo y desconocido amor; está impaciente por cumplir sus deseos y comprobar sus afirmaciones; han desaparecido las dudas y celos, y la deja confiado.

Aumenta su amor y confianza al encontrarlo todo como le ha dicho Cecilia, y al llegar a la presencia de Urbano «cuenta al santo Obispo la conversación de la cámara nupcial, única cosa que puede explicar la presencia de Valerio en aquel lugar. El anciano, lleno de gozo, cae de rodillas, y, levantando los brazos al cielo, exclama con los ojos llenos de lágrimas: «Señor Jesucristo, inspirador de las santas resoluciones, recibid el fruto de la divina semilla que habéis depositado en el corazón de Cecilia. Este esposo que recibió semejante a un león impetuoso, se ha convertido, en un instante, en el más dulce de los corderos. Si Valerio no hubiera creído, no estaría aquí. Abrid, Señor, la puerta de su corazón a vuestras palabras, a fin de que reconozca que sois su creador y renuncie al demonio, a sus pompas y a sus ideales.»

Urbano siguió orando largo tiempo. Cecilia continuaba también en oración, mientras una visión celestial viene en ayuda de la fe de Valerio. El Apóstol de los gentiles, San Pablo, le hace leer en un libro escrito con letras de oro: «Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios, sobre todas las cosas y sobre todos nosotros», y, «¿crees que es así», le pregunta. La gracia, tan vivamente implorada, desciende a raudales sobre él; su entendimiento se aclara, y se dice a sí mismo: ¿Es posible que haya creído las burdas patrañas que se atribuyen a los cristianos?, y con perfecta inteligencia de lo que dice, de acuerdo la fe con la razón, declara: «Nada hay más verdadero bajo el cielo, nada debe ser creído con más firmeza» (3).

Al amanecer regresa con la blanca túnica del neófito. En vez de relajarse, se han afirmado aún más los lazos de su matrimonio por la sanción de la Iglesia, la gracia ha vencido. Corre ligero en busca de Cecilia, que ha quedado en la cámara nupcial, llena aún «de los ecos de aquella noche embalsamada con celestiales perfumes de virginidad». Desde el umbral ve que continúa todavía orando, y, junto a ella, el ángel del Señor resplandeciente de belleza. Lleva en sus manos dos coronas de lirios y rosas, que no se marchitarán jamás porque germinaron en el cielo. Además, el mismo ángel, de parte de Cristo, Hijo de Dios, ofrece a Valerio el don que más desee obtener.

Como es feliz compartiendo en absoluto los sentimientos de su esposa, empieza a arder su corazón en ansias de apostolado. ¿Qué será de su hermano, de su querido Tiburcio, si no puede gustar las bienaventuranzas de la fe que les hace a ellos tan felices? Pide, pues, la conversión de su hermano, y con la infalibilidad de la promesa divina, su deseo será cumplido.

El himno a la virginidad triunfante y la exaltación del martirio, simbolizado en los albos lirios y las rosas sangrientas con que el ángel coronó a Cecilia y a Valerio por su heroica renuncia, es admirable, pero, ciertamente, en la práctica no es imitable en su integridad.

Pero es que los Santos, por desconcertantes que sean sus actos, tienen siempre las características apropiadas para combatir, vencer y curar las llagas más funestas de su época, y en el siglo II, el escándalo de los divorcios, que sofocaba en la más desenfrenada sensualidad la santidad del matrimonio y relajaba los lazos de la familia por

no tener más norte que el placer, la vida fastuosa y exenta de dolor, reclamaba sublimar la virginidad llevándola hasta el mismo pie del tálamo nupcial y ofrecer generosamente hasta la sangre (4), como precio de lo que era más aborrecido y despreciable: el martirio.

Cecilia, iluminada por la gracia, tuvo clara visión de ello, y a despecho de los riesgos positivos que siempre implican las uniones mixtas, se sirve del atractivo que ejerce sobre Valerio, se expone al máximo riesgo, lleva hasta el último límite su confianza en Dios, se abandona en absoluto a su providencia y vence en toda la línea.

Su ejemplo evidenció que, si hay verdadera virtud, aun las uniones mixtas no dejaban de ser entonces un medio cuya eficacia se manifiesta en el mal humor con que las comentan Plutarco y otros enamorados del paganismo agonizante, porque ven que de este modo son absorbidos miembros de las más ilustres casas, formándose la familia cristiana, que «dará nuevo rumbo a la obra de Rómulo», injertando la savia de una nueva civilización que iba a substituir la fuerza por el amor, y saltando el *limes* tendría carácter universal.

Sin embargo, el fin propio del matrimonio es alcanzar el cielo, la bendición de tener hijos y formar la familia, base y sostén de la sociedad; más todavía: puede darse el caso de que las circunstancias, y hasta un imperativo categórico de conciencia, lleve a personas que naturalmente se inclinaban al claustró o a vivir en amistad fraterna dentro del matrimonio, a consumir el sacramento para conseguir el fin para el cual fué instituido.

El ejemplar de este caso lo encontramos en la segunda mitad del siglo pasado. Una familia de la cual viven todavía algunos miembros. Su historia es del dominio público, tiene aromas de virginidad, ternuras de idilio y abnegaciones de mártir. Todos habrán conocido en ella la familia de Santa Teresita del Niño Jesús. Los padres son artesanos acomodados; a los dos se les frustró la vocación religiosa por dificultades de admisión. Después de casados, su instintiva pureza propone que vivan como hermanos. Muy pronto, la misma gracia que inspiró a Cecilia a conseguir de su esposo la virginidad, inspira a Zelle, la esposa, el ideal de tener hijos y formar una familia para Dios. Entonces, la virginidad soñada se inclina ante el santo yugo del matrimonio; pero esto no es perderla, sino «emplearla en ferias que felices ganancias prometen» (5). La existencia de Santa Teresita, precedida, como ella misma dice, de «ocho azucenas de inmaculada blancura», evidencia esta verdad.

Esta Santa extraordinaria, hija de la pureza y del amor, ¿qué sentiría cuando, al cantar las glorias de Santa Cecilia, saluda la pléyade de vírgenes que, engendradas por su casta unión con Valerio, poblarían los innumerables monasterios que en los siglos a venir habían de fundarse? ¿Qué claros oiría los «ecos del canto celestial que entonaba en su corazón y llegaban hasta ella»? Al mismo tiempo, su vida constituye la glorificación de sus propios padres, cuya vida es el modelo y la apología de la familia cristiana.

Y es bien claro que en el caos actual, la única salvación está en la formación de familias como éstas. Ellas han de sostener el mundo, que parece estremecerse en sus cimientos. Por este motivo son objeto de tantas y tan sentidas alocuciones de nuestro Papa, que funda las esperanzas de regeneración de la sociedad y el restablecimiento de la paz verdadera en que ellas han de traer al mundo y formar súbditos decididos de Cristo Rey, para que pronto sea un hecho la proclamación del Reinado Social de Jesucristo.

*María Asunción López*

(3) Según testimonio de Orígenes y Tertuliano en aquella época eran frecuentes estas visiones.

(4) Cecilia y Valerio fueron mártires.  
(5) Cervantes, Novelas ejemplares.

# LA HORA DE LA VIRGEN

## La Virgen Peregrina en la Diócesis de Solsona

### IV



*El Mensaje de Fátima se podría resumir en estas dos palabras: oración y penitencia. Nuestra peregrinación diocesana ha sido toda ella una oración y una penitencia continuas. Nunca se ha orado tanto en los pueblos como durante aquellos días; ni nunca se ha orado con tanto fervor. Nunca se ha visto a la gente mejor dispuesta para la penitencia y el sacrificio como en la preparación y en el desarrollo de dicha peregrinación.*

*Y creemos que vale la pena destacar este hecho, y aun presentar sus peculiares características, no sólo porque se adapta como ninguno a la consigna del Apostolado de la Oración que difunde CRISTIANDAD con tanto entusiasmo, sino porque él puede darnos a conocer de una manera exacta el carácter y el espíritu que por voluntad de la Santísima Virgen tienen esas peregrinaciones con la Imagen de la Virgen de Fátima.*

#### Oración ininterrumpida

*Alguien nos preguntó al final casi de la peregrinación: «Señor Obispo, ¿cuántos Rosarios se habrán rezado delante de la Imagen de la Virgen de Fátima?» «Uno solo —le contestamos entonces—. Uno que empezó el día 24 de abril por la tarde, en cuanto llegó la Sagrada Imagen a los límites de nuestra Diócesis y que no se ha interrumpido todavía.»*

*Esta contestación que dimos entonces es la expresión más exacta de lo que ha sido nuestra peregrinación a este respecto. Porque se puede afirmar con verdad que desde abril hasta septiembre siempre se estuvo rezando el Santo Rosario delante de la Imagen de la Virgen.*

*Cuando la Imagen permanecía en la iglesia se turnaban continuamente, de día y de noche, grupos de fieles que hacían una o dos horas de vela. Y durante toda la hora de la vela se rezaba continuamente el Santo Rosario, intercalando en él algunas coplas del «Ave de Fátima». Cuando la Sagrada Imagen salía en procesión para visitar a los enfermos o para recorrer las calles del pueblo, se iba cantando el Santo Rosario continuamente. Cuando la Sagrada Imagen era trasladada de una Parroquia a otra nunca faltaba un grupito que la acompañaba en el camión y que iba también rezando el Rosario y cantando el «Ave de Fátima». La HORA SANTA, que se hacía por la noche en todas las Parroquias, consistía también en el rezo del Santo Rosario, haciendo una breve meditación sobre cada uno de los Misterios.*

*El Santo Rosario, la devoción recomendada especialmente por la Santísima Virgen en sus apariciones de Fátima, fué la oración que podríamos llamar oficial de nuestra peregrinación y la que salía de todos los labios durante aquellos días. Podemos afirmar con verdad que nuestra peregrinación fué una oración ininterrumpida. Un Rosario monumental, integrado por millares y millares de Padrenuestros y Avemarias, que todavía sigue ahora resonando en nuestra Diócesis, porque son muchas las familias que a raíz de la peregrinación reanudaron la hermosísima costumbre de rezar todos los días el Santo Rosario en el hogar.*

#### Oración fervorosa

*El fervor y el entusiasmo se contagiaban fácilmente. La oración pública tiene una eficacia especial para enardecer los espíritus. Mayormente cuando la oración se manifiesta*

*por medio del canto —no olvidemos la frase de San Agustín de que el que canta reza dos veces— y el canto es verdaderamente popular.*

*Nuestras procesiones tenían un carácter especial. Las orquestas estorbaban en ellas. Hubo procesiones que duraron hasta dos horas y media —para satisfacer a todos, la procesión recorría ordinariamente todas las calles de la Parroquia—, y no cesó ni un solo momento el canto del Santo Rosario, interrumpido tan sólo por el canto del «Ave» o por las plegarias por los enfermos, cuando la Virgen se paraba ante la casa de algún enfermo.*

*Y lo más admirable es que rezaban y cantaban todos. En las poblaciones importantes se colocaban altavoces estratégicamente dispuesto, y desde el micrófono se iba dirigiendo el Rosario o entonando los cantos. Y todos, los hombres como las mujeres, y aun quizá aquéllos con más entusiasmo que éstas; los niños como los viejos, todos cantaban con entusiasmo y con fervor.*

*El canto del «Ave» de tal suerte entró en el ambiente, que durante aquellos días, y aun ahora, los niños mientras jugaban y los obreros mientras trabajaban iban canturreando, a veces sin darse cuenta, las estrofas del mismo.*

*Cada Parroquia se convertía en un templo inmenso durante la permanencia de la Santísima Virgen en ella. Y en la iglesia, cuando la Virgen estaba en ella, y en las procesiones, siempre se veían grupos de personas con los ojos fijos en la Sagrada Imagen y moviendo ligeramente los labios, como un musitar de plegaria, que conmovían por el fervor y por la devoción con que recurrían a la Santísima Virgen.*

*Y era todo el pueblo el que rezaba, y era todo el pueblo el que rezaba continuamente, y era todo el pueblo el que se sentía contagiado por esa ola de fervor y de emoción que llenaba el ambiente.*

*Las iglesias resultaban todas pequeñas para contener a la multitud que se agolpaba en ellas para asistir a todos los actos. La Hora Santa tenía que transmitirse por altavoces, en la mayor parte de Parroquias, para que pudieran seguirla los que permanecían en la calle por imposibilidad de entrar en la iglesia. No recordamos ni un solo caso en que la iglesia no estuviese desbordante de fieles, aun en las Parroquias de población reducida, porque característica peculiar de nuestra peregrinación fué el que nadie se sintiese satisfecho con haber visto una vez a la Virgen. En cada pueblo resultaba una verdadera concentración comarcal. Son muchos centenares de personas los que han seguido a la Virgen a varias Parroquias, algunos hasta a veinte.*

*Y siempre rezando y cantando con un entusiasmo y fervor verdaderamente extraordinarios, sin que ninguno, ni las mismas autoridades, que en muchos actos nos acompañaban, dejasen de rezar y de cantar. Los meses durante los cuales la Santísima Virgen recorrió las Parroquias de nuestra Diócesis se oró como nunca. Verdaderamente, fué toda esa época una oración ininterrumpida y una oración emocionante y fervorosa.*

#### Penitencia y sacrificio

*Sería curioso y edificante conocer todos los sacrificios y penitencias que hicieron nuestros fieles, y que hicieron con satisfacción y alegría, con motivo de nuestra peregrinación. La Santísima Virgen necesariamente había de ben-*

decir a nuestros hijos, que con tanta generosidad aceptaron privaciones y sacrificios por Ella.

En el arreglo de las calles y de las fachadas de las casas se hicieron verdaderas maravillas. Y estos adornos suponían un desembolso económico considerable y un trabajo intenso. «Si se hubiesen de contar los jornales empleados en el arreglo de esta ciudad —nos decía una autoridad extradiocesana en una de las Parroquias—, seguramente que ascenderían a más de cien mil pesetas.» Quizá esta afirmación fuese un poco exagerada. Sin embargo, se puede afirmar con toda verdad que en todas las Parroquias se hizo, en este aspecto del adorno de calles y fachadas, mucho más de lo que podía esperarse, dada la capacidad de cada una de ellas. En una Parroquia se habían levantado más de treinta arcos triunfales, alguno verdaderamente monumental, y todas las calles y todos los rincones de las distintas Parroquias aparecían engalanadas.

Y lo más interesante del caso es que no hubo nadie que regatease su óbolo o su colaboración personal para estos adornos, y «fué la única vez —como nos decían en un pueblo—, en que sobró dinero y sobraron voluntarios para estas cosas».

Ya hemos insinuado otro de los sacrificios voluntarios que se impusieron en todos los pueblos: el de la vela nocturna de la Sagrada Imagen. Y es éste, a no dudarlo, un sacrificio considerable, por cuanto el día de la permanencia de la Virgen era un día de ajeteo agotador y había estado preparado por unos días de trabajo febril para terminar los adornos.

La misma organización de la peregrinación, con su recorrido determinado y hasta con su horario fijo, impuso, en muchas Parroquias, sacrificios verdaderamente extraordinarios.

Uno de los primeros días de la peregrinación, el sábado siguiente al domingo de la entrada, empezó a llover torrencialmente media hora antes de iniciarse la procesión que había de recorrer todas las calles del pueblo y visitar a los enfermos. Continuaba lloviendo a la hora de salir la procesión, y tuvimos propósito de suprimirla, ya que por ser la primera vez que esto ocurría no sabíamos cómo reaccionarían los fieles. Pero cuando nos enteramos de que no sólo la iglesia estaba llena de gente, sino que había aún centenares de personas en la plaza contigua aguantando la lluvia y esperando la salida de la procesión, dispusimos la salida. Y nos emocionó extraordinariamente ver a centenares de personas formando en la procesión, muchas de ellas sin paraguas, rezando y cantando con un entusiasmo y con un fervor que nos llegó al alma. Nos impresionó tan vivamente este espectáculo, que al final de la procesión, y en el momento de la despedida, no pudimos menos que manifestar públicamente nuestra admiración y de felicitarles por aquel ejemplo magnífico de fe que habían dado.

Desde aquel día, dicho espectáculo se repitió no pocas veces y siempre con el mismo resultado.

Queremos hacer resaltar un detalle que hizo llorar de emoción a unos religiosos extradiocesanos y que da testimonio del fervor y del entusiasmo de nuestros hijos.

En las capitales de Arciprestazgo se hacía una concentración de todas las Parroquias del mismo y celebrábamos una Misa de Pontifical que era, a la vez, de comunión general, Misa que habíamos de celebrar en una de las plazas de mayor capacidad, porque ni había iglesia que llegase para las multitudes que se congregaban en estos actos. Y fué en la primera población en que celebrábamos esta Misa de Pontifical al aire libre en la que empezó a llover casi en el mismo momento de empezar la Misa y estuvo lloviendo durante toda ella. La plaza estaba completamente abarrotada, y en los balcones y tejados se arracimaban centenares de personas, ofreciendo un marco magnífico y grandioso.

Cuando nos dimos cuenta de que la lluvia arreciaba temíamos que no se produjese el desconcierto entre los asistentes y empezasen a desfilar, cosa muy explicable, por otra parte. Sin embargo, no fué así. Todos los asistentes permanecieron firmes en su puesto. Incluso los que llenaban los balcones y tejados permanecieron también asomados, sin guarecerse en las casas, cosa que podían hacer con suma facilidad.

No es extraño que aquellos religiosos que presenciaron este hecho estuvieran íntimamente conmovidos y que después nos expresasen su emoción fervorosamente.

Y la peregrinación continuó siempre a este ritmo. Ni el sol abrasador de agosto, ni las tempestades más desencadenadas fueron óbice para que se celebrasen todos los actos en los días y a las horas previstas. A muchas Parroquias llegó la Sagrada Imagen con una lluvia intensa, y toda la gentes aguardaba impasible su llegada a las afueras del pueblo. En otra Parroquia tuvieron que poner los adornos y levantar los arcos bajo una lluvia tenaz. Y ni el sol, ni la lluvia, ni el barro pegadizo propio de una de nuestras comarcas eran capaces de refrenar el entusiasmo de los fieles, que aparecían más enardecidos y fervorosos cuanto eran mayores los obstáculos y dificultades que habían de superar.

Sabemos también de otras penitencias y sacrificios extraordinarios que algunos se impusieron por la conversión de los pecadores que no es discreto revelar.

Se puede afirmar con verdad que se vivió con toda intensidad el Mensaje de Fátima. Nuestra peregrinación tuvo realmente un carácter austero y penitencial que a todos maravillaba.

Alguien dijo, al ver aquellas manifestaciones extraordinarias de entusiasmo y de fervor, que parecía que todos habíamos perdido el juicio. Y nosotros mismos dijimos también públicamente que no podía explicarse todo ello más que por una locura colectiva.

Realmente daba la impresión de que todos estábamos locos; pero locos de amor por la Madre. Locura sublime que debió hacer sonreír muchas veces a la Madre del cielo.

† VICENTE, Obispo de Solsona

## SUMARIO DEL PRESENTE NUMERO

EDITORIAL: **Prosigue la Cruzada** (págs. 25 y 26) ★ **«Que los hombres vuelvan a aquella forma de matrimonio que Dios quiso e instituyó»** (págs. 27 y 28) ★ **Cuando la sociedad se aparta de Dios y de la Iglesia «queda la familia como el refugio providencial de la vida cristiana»** (págs. 29 y 30) ★ **La familia y la ley de Dios. «No pocos católicos sienten confusa y erróneamente»** (págs. 31 y 32) ★ **Balmes vindica la Ley divina del matrimonio** (págs. 33 a 36) ★ **Formación de la familia cristiana**, por María Asunción López (págs. 37 a 39) ★ **La Hora de la Virgen**, por † Vicente, Obispo de Solsona (págs. 40 y 41) ★ **San José Oriol y el quietismo del siglo XVII**, por Jose O. Anguera de Sojo (págs. 42, 43 y 45) ★ **La familia, primer puntal de la civilización cristiana**, por Roberto Coll Vinent (págs. 44 y 45) ★ **De la Quincena religiosa**, por Himmanu-Hel (págs. 46 y 47) ★ **De la Quincena política**, por Shehar Yashub (págs. 47 y 48)

ADVERTENCIAS.—CRISTIANDAD se reserva el derecho de publicar o no los originales que pueden serle remitidos, que en ningún caso se compromete a devolver. Prohibida la reproducción de grabados originales de CRISTIANDAD sin indicar su procedencia.

# SAN JOSE ORIOL Y EL QUIETISMO DEL SIGLO XVII (\*)

El suceso no tuvo repercusión alguna en Barcelona, y aunque tuvo San José Oriol relación con el convento de los Angeles, que fué en el que vivió y murió Sor Hipólita, no es de presumir que interviniese para nada en una cuestión que debió ser, más que en Cataluña, conocida en Valencia y Madrid, donde tuvo el Arzobispo grandes y poderosos adversarios. Además, el ilustre catalán había impugnado las famosas declaraciones del clero galicano de 1682. De entre todos los impugnadores, Bossuet calificó a Rocaberti de *omnium longe acerbissimus* (35), y aun calificó su impugnación de *atroz* (36). Conocidos son tanto lo puntilloso de la regalista corte de Luis XIV como el carácter del propio Bossuet, mal sufridor de contradicciones. No sería de extrañar que en la imposibilidad de meter mano en las obras del Arzobispo, más compilador que escritor original (37), se pretendiese herirle en las de su pariente, las cuales, quizá más en su letra que en su espíritu e intención, sin duda contenían errores positivos o tendencias consideradas entonces peligrosas, v. gr., la recomendación de que todos, incluso los laicos, se aplicasen a la lectura casi exclusiva de la Sagrada Escritura.

La cuestión quietista quedó, por lo menos dentro del Catolicismo, resuelta por la Constitución «Coelestis Pastor», de Inocencio XI (condenatoria de los errores de Molinos), y por el Breve «Cum alias», de Inocencio XII (que proscribió los de Fenelón). El jansenismo tuvo vida más prolongada pero no más feliz. Una y otra cuestión no revisten hoy otro interés que el meramente histórico.

Sin embargo, incluso en este aspecto, nos cuesta, de una parte, comprender cómo errores repulsivos al entendimiento humano e incluso al buen sentido llegaron a ocupar a toda una época y a seducir ingenios despiertos y espíritus elevados. Y, de otra parte, nos interesa conocer cuál fué la situación de Cataluña respecto a estos problemas e incluso la significación de San José Oriol y de quienes siguieron sus huellas en relación con los mismos.

Por lo que toca a lo primero, hoy día, en que cabe juzgar desapasionadamente el problema y en que los tratados polémicos pasaron a la categoría de meros documentos y a objeto de crítica, la explicación no parece difícil por poco que se eleve la cuestión a sus verdaderos principios.

En la relación misteriosa, pero directa, necesaria y realísima entre la criatura humana y Dios, relación que comunicó emoción temblorosa a la pluma del ilustre Newman cuando hubo de narrar las circunstancias de su descubrimiento en la doctrina católica (38), es grandemente peligroso olvidar la relación misma y pretender definir y valorar sus términos con criterio meramente individual. Si en la observación del camino de la vida humana, o sea

de la ascensión de la criatura al Criador, se atiende al punto de partida más que al fin último de la propia criatura, se corre el riesgo de sobrevalorar al hombre. Si se mira únicamente el fin de la relación, desaparece la acción humana ante la grandeza divina. Llevada la desviación al extremo, se produjeron errores monstruosos. Sobrevaloraron el hombre los ascetas de Marsella, y surgió el pelagianismo; olvidóse la capacidad natural del hombre redimido y tuvimos el predestinacionismo absoluto de Calvino y de Jansenio, no más simpático por haber sido cantado por el hijo de Racine en correctos versos franceses; se quieren unificar términos entre sí distintos, y tenemos el nihilismo, la aniquilación del hombre en un *nirvana* búdico (39).

Por otra parte, el término inferior de esa relación, el hombre, no es, ciertamente, un acto puro, ni siquiera un ángel. Por algo decía San Pablo, comparando con el ejemplo de los atletas de los juegos istmicos: *castigo corpus meum, et in servitutem redigo*. En nuestra naturaleza es un absurdo separar íntegramente materia y espíritu. Uno de los dos es el que dominará la unidad, y es, por tanto, absurdo considerar que, atendida sólo el alma, sean las acciones del cuerpo indiferentes y de ninguna monta. En el jansenismo absoluto es pecado todo; en el quietismo, también absoluto, nada.

Los errores monstruosos no surgen repentinamente. Todas las desviaciones tienen grados e incluso matices. Desde la simple exageración en el lenguaje hasta el error positivo, la gradación es infinita. En ocasiones es, incluso, difícil discernir dónde fine la exageración y dónde empieza el error; es peligroso siempre el considerar frases aisladas con abstracción del contexto y aun de la intención del autor. Para no citar ejemplos demasiado numerosos y no hablar de quienes figuraron en el Índice Romano, el piadoso Tauler, si es que no fueron manipuladas por sus compiladores las *instituciones* (40), y el venerable fundador del Seminario de San Sulpicio (41), el sencillito y fervoroso P. Guillocé, e incluso el un tiempo celebrado «Fuoco d'amore», de Tomás de Bérgamo († 1631), sentaron proposiciones que, aisladas, tienen indiscutible sabor *quietista*. Esta gradación, precisamente lo que contiene parte más o menos grande de verdad, es lo que produce confusión y luego dificulta el discernimiento del error positivo.

En la Historia, incluso en la teológica, tiene mayor lugar del que a primera vista parece aquella *sortes* griega prevenida por el genio del tirio Ulpiano en la elucubración jurídica: «*Ea est natura cavillationis quam Graeci soritem (id est acervalem syllogismum) appellant ut ale evidenter curis per levissimas mutationes, disputatio ad ea quæ evi-*

(\*) Véanse los núms 160 págs. 486-888 y 163, págs. 14-16.

(35) *Defensio Declarationis Conventus Cleri Gallicani an. 1681 de Ecclesiastica Potestate*. Tomo XVII de la edición de Lieja, 1768: «Sed profecto unus omnium longe acerbissimus immeritae Galliae bellum indixit, illustrissimus ac reverendissimus Rocabertus Archiepiscopus Valentinus» (Praevia dissertatio, V). Confróntese Torras y Bages: En Rocaberti y er. Bossuet (Discurso de recepción en la Academia de Buenas Letras).

(36) ... Multo tamen atrocius insurgit in altera epistola tomo III praefixa ad eundem optimum, maximumque Innocentium XII, ubi omni ope suadere nititur, a Gallis tetrum schisma parari... (Ibid.)

(37) El Parlamento de París, por decreto de 1.º de diciembre de 1695, prohibió vender el tratado sobre la Autoridad Pontificia. Bossuet presentó un memorial a Luis XIV sobre medidas a tomar contra las obras de Rocaberti. (Op. y ed. citados. Prefacio, página XXVII.) Rocaberti había publicado en Barcelona *Alimento espiritual quotidiano de meditaciones sacado de las obras de Fr. Luis de Granada, del B. Enrique Susón y de Santa Catalina de Sena* (Mathevat, 1668) y *Teología Mística, instrucción del alma en la oración y meditación*. (Figueró, 1669.)

(38) Only this I Know full well now, and did not knowtense; that the Catholich Church allows no image of any sort, material or immaterial... to come between the soul and its Creator. It is face to face, «solus cum solo» in all matters between man and his God. He alone creates; he alone has redeemed; before His awful eyes wee go in death; in the vision of Him is our eternal beatitude. (Apología pro vita sua; parte VI, SS. 2. Ed. de Oxford, 1913, página 289.)

(39) Una verdadera síntesis de quietismo absoluto la hallamos en una vieja enciclopedia manual inglesa al tratar de la obra de Molinos «Spiritual Guide in which he maintained that man must annihilate himself, or reduce his mind to an absolute quiescence, in order to enjoy God». Es estimable también la de dos teólogos catalanes hoy olvidados, los dominicos Narciso Puig y Francisco Xarrié, «Quietistae sunt falsi quidam Mystici, qui dicunt animam perfectam et Deo totaliter unitam, nihil debere operari, neque velle, neque petere, neque gratias agere, sed mere passive se habere, et in absoluta permanere indifferentia de omnibus, etiam de damnatione aeterna». (Institutiones Theologicae... Barcelona, Rubió, 1861, I, ap. VI.)

Para crítica es notable el breve y contundente juicio de Möhler, el autor de la *Simbólica*, en su obra póstuma publicada por Gams (traducción francesa del Abate P. Bélet): *Histoire de l'Eglise*. París, 1869, III, pág. 255.

(40) ... Unde vitiorum probra et contumeliam libenter ab electis suis Deus tolerat, ut eos ad magna quaedam et sublimia perducatur... Huius modi lapsus tam in veteri quam novo instrumento saepe Deus etiam in illis sustinuit, qui ipsi postmodum fuere chariores. (Institut., cap. XX.) En obras de opuestas tendencias hemos visto citado el festivo párrafo contra los exclusivamente *activistas*: «... qui tamen adeo sibi sola putant externa sufficere, ut de secretiori familiaritate et unione cum Deo, non magis scire aliquid, vel percontari, vel experiri studeant, quam de Soldano-Aegyptio (capitulo XXVIII). Cft. «De novem statibus sive gradibus salutis...», grados 8.º y 9.º»

(41) Cft. Brémond: *Histoire littéraire du sentiment religieux en France*. París, Blond y Gay, 1920, III, pág. 501.

*dentur falsa sunt perducatur»* (42). Admitido cualquier principio con mayor extensión de la que corresponde, sin la distinción necesaria, a fuerza de dialéctica aparecen los grandes errores que hoy no acertamos a comprender y que, en definitiva, conducen a un mismo resultado. El gusto quietista de la frase de un místico francés: «*Je dirais à mon amour... contentez vous dessus mon ame; car si c'est votre plaisir, votre joie et votre gloire que ma damnation, toute cette heure réjouissez vous de ma part. Je ne m'en soucie pas...*», se confunde con el del triste jansenista que ama a Dios sin creerse predestinado.

Por la confusión de conceptos y poca cautela dialéctica se engendran los errores. Y si la pasión se mezcla en ello, surgen los partidos. Las *arudines longæ*, que según Melchor Cano se agitaron excesivamente en las escuelas, fueron agitadas entre las multitudes, y a la razón substituyó el sentimiento. Saint Cyran y Molinos coincidían en una antipatía común a los escolásticos. Uno y otro, como luego Quesmel y Mme. Guyon, tuvieron partidarios porque les creyeron buenos.

Ello explica que el «*Abbégé de la morale de l'Évangile...*» tuviese tantos censores favorables y que en Italia la voz del experimentado Segneri tardase años en ser oída.

No fueron en Cataluña desconocidas esas cuestiones que removieron la opinión pública en Francia y en Italia. La quietista motivó, por lo menos, la obra manuscrita de fray Francisco Clarmitz y la traducción de Segneri que tenemos citadas. Si la tendencia más o menos jansenista tuvo aquí algunos representantes, fué más en el siglo XVIII que en el XVII. Es de advertir, en primer término, que en el siglo XVII se escribió en Cataluña mucho más sobre materias morales, canónicas y hagiografía, y aun sobre ascética, que sobre mística propiamente tal. Resulta hoy extremadamente difícil trazar la historia completa de la espiritualidad catalana en aquella época, por cuanto en su gran mayoría los escritos de teólogos y místicos quedaron inéditos, y la dispersión de los archivos y bibliotecas conventuales en el siglo XIX hizo desaparecer buen número de manuscritos y dificultó la búsqueda de los demás. Suerte aun tenemos del Diccionario bibliográfico de Torres Amat, que nos ha conservado por lo menos alguna noticia sobre autores y materias tratadas. Las obras impresas se hallan tan olvidadas como las manuscritas. Sólo algún título podría parecer sospechoso, v. gr., «*De la Santa exinanición y plenitud*» y «*Divino Norte, o sea polo divino que trata de la unión con Dios*», pero la sospecha queda muy disminuida por los títulos de otros escritos de los mismos autores. En lo que nosotros hemos leído se sigue siempre la doctrina común de las tres vías, purgativa, iluminativa y unitiva, y aun se advierte que su curso debe ser, más que sucesivo, simultáneo, y aunque en más de una ocasión el adelantado en la tercera debe retroceder, por mayor o menor tiempo, a la primera, como en varios pasajes de sus obras había expresado con graciosos símiles Santa Teresa.

Más asequible es la bibliografía de lo que podríamos llamar *devoción popular*, consistente en manuales de piadosos ejercicios. Los arraigados en nuestro país, y obsérvese que no existen excepciones, son las comunes en la Iglesia; meditación de *novísimos*, del Rosario, las prácticas carmelitanas, etc.; como devociones específicas ocupan el primer lugar las de la Pasión del Señor y la Mariana, muy especialmente a la Concepción Inmaculada y Dolores de nuestra Señora. Abundan las de imágenes de la Virgen María veneradas en diversos lugares, escritas no pocas veces con mayor piedad que crítica.

La vida de San José Oriol transcurrió en época que fué para Cataluña de profunda decadencia en más de un aspecto, si bien no lo fué en todos. Cuando nació el Santo gobernaba en Barcelona el Virrey nombrado por la Regente de Francia en nombre de Luis XIV; en 1697 volvió la ciudad a ser entregada al ejército francés, y al morir Oriol, en 1702, no era preciso el don de profecía para augurar la lucha entre Felipe y Carlos.

Y, entretanto, habían quedado separados de la unidad catalana el Rosellón, Conflent, Vallespir y gran parte de la Cerdanya. Las luchas entre Austrias y Borbones tuvieron en Cataluña la agravante de la discordia civil en el seno mismo de una persona moral de gloriosa historia que por momentos se desvanecía. En este aspecto, el siglo XVII fué, de hecho, más revolucionario de lo que a primera vista parece. Fué entonces cuando con la consolidación de los Estados protestantes quedó, no rota, sino disuelta, la unidad del Occidente europeo y surgió, como consecuencia natural, el concepto del Estado absolutamente soberano en su territorio y no servidor, sino creador del derecho.

(42) Fr. 64 del tit. de *diversis regulis Iuris antiqui*, del Digesto (50, 17).

San José Oriol, como el deán Centena, como muchos otros venerables sacerdotes de aquellos tiempos, se mantuvo ajeno a toda división política, conducta que no puede considerarse desacertada por cuanto ningún efecto podía causar su intervención. A la actuación puramente religiosa del llamado clero humilde y a su contacto permanente con su feligresía, de todos estados, fué en buena parte debido el singular valor de nuestra clase artesana, en trance de desaparición, e incluso de la propiamente media y de la pequeña nobleza poseedora de tierras.

A efecto de una vocación especial no bien dilucidada todavía se consagró Oriol a estos menesteres naturalmente oscuros. Su vida sacerdotal, desde sus mismos comienzos, se caracteriza por una renuncia no de menor entidad que su misma austeridad de vida. El Dr. *Pa i aigua* había iniciado una carrera universitaria que hubiese podido ser brillante. Puede decirse que la truncó en flor al abrazar el régimen de vida penitente, sin incurrir por ello en singularidades, ya que en su vida social no fué más que uno de tantos operarios del Oratorio y luego uno de los beneficiados de la Parroquia del Pino. Su acción exterior fué exclusivamente la de mantener el discreto apostolado propio de lo humilde de su jerarquía, mantener en el pueblo, con el que tenía contacto, la pureza de la fe y la fidelidad de lo que denominan los moralistas *deberes del propio estado*. Toda su vida fué una condenación práctica del quietismo enemigo de la mortificación, y una propugnación de las que donosamente llama Santo Tomás *virtudes dispositivas* (2.<sup>a</sup>-2.<sup>o</sup>, q.<sup>o</sup> 180), las morales que exigen esfuerzo y sacrificio (43).

Una testigo de los procesos refiere las plácidas exhortaciones de Oriol en la *costura* que desinteresadamente sostenía la ejemplar Viuda Rosell. Un sabio ilustre, el eximio romanista y jurisconsulto Finestres, gloria de la efímera Universidad de Cervera y autorizado comentarista de Hermogeniano, recordaba en su ancianidad haber visto en su niñez al Venerable Oriol. En una carta a don Gregorio Mayans, que recuerda el P. Nadal, dice haber contemplado *en su rostro penitente y risueño* un hombre santo (44). En otra carta más confidencial, dirigida a don Ramón Lázaro de Dou (el que había de ser, andando el tiempo, primer presidente de las Cortes de Cádiz), la cual vimos original en la Biblioteca de su noble casa, recordando el propio hecho, dice que poco habría sospechado tan singular santidad como la puesta de manifiesto en los procesos en el correcto sacerdote que reiteradamente había visto en la *muralla de Mar* departiendo afablemente con soldados y marineros.

San José Oriol no pretendió formar escuela. Desgraciadamente, no queda, aparte de alguna correspondencia sin gran interés, más escrito suyo que la corta biografía latina de la doncella Elena Torras. Se le atribuye parte en la redacción de las de la monja Jerónima, doña Magdalena de Rialp y de Jerónima Llobet, de las que fué un tiempo director. El P. Nadal duda de que escribiese realmente lo que se le atribuyó y fué continuado por quienes sucedieron a Oriol en la dirección de sus almas. La duda nos parece fundada, por cuanto así doña Magdalena como Jerónima sobrevivieron al Santo, y no es natural que éste escribiera la apología de personas vivientes aún.

En la de doña Magdalena de Rialp dicese que su oración *fué siempre la que llaman de «quiete», no teniendo capacidad, como ella decía, para discursos y reflexiones* (45). La palabra *quiete* no puede aquí causar sorpresa ni novedad. Basta leer la propia biografía debida sin duda al beneficiado don Raimundo Rosell, con o sin la cooperación del hermano de la religiosa, el monje don Antonio de Rialp, para comprender que se trata de la quietud denominada por Bossuet oración de *simplicidad*, y por Tanqueray via mística simple que puede coincidir o no con la contemplación infusa. En este sentido, la palabra es de clásico y ortodoxo abolengo en la Teología mística. Por otra parte, el ascetismo *activo* de la virtuosa doña Magdalena es prueba de una personalidad robusta y operante, lo contrario de todo anihilamiento.

La vida de San José Oriol aparece llena de prodigios internos y exteriores, que exceden el orden ordinario. Tal es su misterioso viaje de 1698, detenido en Marsella; el don de curaciones, sus luchas de carácter sobrenatural.

Termina en la pág. 45

(43) Ya decía San Francisco de Borja: «... el pretender el mundo hallar invenciones para subir al cielo sin trabajos le tiene destruido y tan poblado el infierno.» (F. Cereceda †: *Episodio inquisitorial de San Francisco de Borja*, en «Razón y Fe».)

(44) P. Nadal, tomo II, pág. 46-47.

(45) Masdeu, *Vida*, ap. I, op. II, pág. 215.

## LA FAMILIA, PRIMER PUNTAL DE LA CIVILIZACION CRISTIANA

### Los enemigos de la familia, enemigos de la sociedad

Cuando se trate de sentar sinceramente y sobre fundamentos sólidos el edificio de un mundo mejor donde la caridad cristiana y el reconocimiento privado y público de la providencia de Dios sean garantía de una paz cierta y estable, no puede menos de ponerse en lugar primerísimo a la institución familiar como elemento necesario y vital, sin el que todo intento civilizador ha de conducir, por necesidad, al mayor de los fracasos.

Hoy asistimos, por una parte, al incremento de las medidas legales y políticas ordenadas, aparentemente al menos, a conseguir para la humanidad una época de paz y de bienestar que rompa con la serie ininterrumpida de guerras y catástrofes que han asolado al mundo en los últimos tiempos. Y somos, por otra parte, testigos de los ataques sistemática y perversamente organizados contra la familia cristiana por todos los medios de que es capaz el ingenio humano al servicio del mal.

No es posible que intentos tan dispares consigan su objetivo plenamente. Es vano todo esfuerzo por la paz que no cuente con la base firme de la familia reciamente establecida sobre los pilares en que Jesucristo la fundara. Y es, además, absurdo esperar la consecución de esta misma paz y la defensa de la civilización cristiana, de aquellos mismos que en sus postulados políticos y en sus leyes fundamentales destruyen implícitamente el primer fundamento de la civilización.

Una cosa es cierta: Los enemigos de la familia son, por definición y por necesidad, enemigos de toda civilización. Los que admiten y fomentan el divorcio, la bigamia, la infidelidad conyugal, la perversión de las costumbres, el libertinaje, el feminismo, no pueden laborar con eficacia por el resurgir de la actual sociedad, pues que antes han minado profundamente a la familia, que es su célula primera. El enemigo capital de toda actividad civilizadora no es exterior ni reside su potencia en la fuerza de los cañones, sino en la complicidad que encuentra el enemigo del humano linaje en los fautores del paganismo moderno, enquistados en el seno de las sociedades y pueblos cristianos y que no reparando en los medios consiguen gradualmente relegar a un puesto secundario, casi despreciable, la veneranda institución familiar cuyo florecimiento ha coincidido siempre con las mejores épocas de prosperidad y de paz para la humanidad.

### Atención al Magisterio Supremo de Pío XII

Su Santidad el Papa Pío XII, felizmente reinante, atento siempre a las más graves necesidades y peligros de nuestros tiempos, ha levantado constantemente su voz de alerta para prevenir sobre los insidiosos ataques de que es objeto la familia en nuestros días. Sus enseñanzas, incluidas las maravillosas alocuciones a los recién casados, forman un sólido cuerpo de doctrina donde claramente se pone de manifiesto la estrechísima relación entre el arraigo de las costumbres cristianas y el progreso de la familia; el arraigo y consolidación de ésta y la prosperidad social en todos los órdenes.

En las más solemnes ocasiones en que en uso de su

magisterio ordinario se ha dirigido al mundo entero, ha clamado por la restauración y defensa de esta institución sagrada, por las facilidades en su crecimiento y desarrollo conforme a los más elementales postulados de la dignidad humana y por la mejora de las condiciones que hagan posible y fácil este crecimiento y prosperidad. Sus palabras, mejor que cualquier orientación, nos situarán en el meollo de su doctrina.

### «Quien desea que la estrella de la paz nazca...

... y se detenga sobre la sociedad:

«Defienda la indisolubilidad del matrimonio; dé a la familia, célula insustituible del pueblo, espacio, luz, desahogo, para que pueda atender a la misión de perpetuar la vida y educar a los hijos en un espíritu que esté en consonancia con las propias verdaderas convicciones religiosas; conserve, fortifique y reconstruya, según sus fuerzas, la propia unidad económica, espiritual, moral y jurídica; procure que también los criados participen de las ventajas materiales y espirituales de la familia; preocúpese por procurar a cada familia un hogar en donde la vida familiar, sana material y moralmente, logre manifestarse en todo su vigor y valor; procure que el lugar del trabajo y el de la habitación no estén tan separados que hagan del jefe de la familia y del educador de los hijos casi un extraño en su propia casa; procure, sobre todo, que entre las escuelas públicas y la familia renazca aquel vínculo de confianza y mutua ayuda, que produjo en otros tiempos frutos tan benéficos, y que hoy ha sido sustituido por la desconfianza allí donde la escuela, bajo el influjo o el dominio del espíritu materialista, envenena y destruye lo que los padres habían infiltrado en las almas de los hijos» (1).

Esta doctrina pontificia, digno colofón de sus pláticas a los recién casados, en las que en lenguaje más sencillo y más paternal, si cabe, descendía a detalles concretos de sumo interés, forma parte del mensaje de Navidad de 1942, en que se refirió a las premisas indispensables para establecer la verdadera paz en el mundo. Y, concretamente, en el apartado en el que se refería a los cinco puntos fundamentales para el orden y la pacificación de la sociedad humana.

Las graves dificultades creadas por la postguerra han puesto nuevos obstáculos para la formación de hogares cristianos, no sólo por la deformación moral de las conciencias, que es siempre el más triste gaje de toda conmoción bélica, sino porque la economía se trastorna y los medios se encarecen y el espacio vital se reduce.

El Papa, en el mensaje pronunciado en 1942, en plena guerra, al tratar de la familia descende al detalle más concreto, y precisamente al de carácter material, no para concederle una preeminencia que no le corresponde, sino para que toda reconstrucción que nazca bajo los principios de la verdad no esté desprovista de ninguno de los elementos esenciales. Y, sobre todo, para que la carencia de estos medios indispensables no sea pretexto con que los enemigos de la familia puedan aumentar sus estragos en el seno de las sociedades cristianas.

La abundante doctrina del Papa sobre este aspecto ca-

(1) Vid. *Ecclesia*, Tomo IV, N.º 79 págs. 9-10.

pital, reflejo de su constante inquietud acerca de tan grave problema, íntimamente relacionado con el porvenir pacífico de los pueblos, encuentra de nuevo una confirmación solemne en el reciente discurso dirigido a los Cardenales y Obispos reunidos en Roma para la proclamación del dogma de la Asunción. Éstas son sus terminantes palabras:

**«No es lícito abandonar la ordenación divina por razones de pobreza»**

«Por eso es pernicioso el guardar silencio cuando en la vida conyugal se violan leyes de Dios que rigen aún en las circunstancias más difíciles. Se busca excusa principalmente en la pobreza, en la escasez de fortuna, que suelen engendrar dificultades en la vida del matrimonio y de la familia. Con afecto paternal compadecemos y lloramos todas estas cosas. Pero no es lícito abandonar la estable y firme ordenación divina, ni hay por qué reformar ésta; lo que hace falta es mejorar, bajo la presión de necesidades tan grandes, las condiciones de la vida social. Y si a esta reforma saludable está obligado a prestar su actividad todo hombre que se honre con el nombre de cristiano, por un impulso de justicia y de caridad, esto es de tanta mayor importancia cuando se trata de auxiliar a una multitud ingente de hombres que, sólo venciendo durísimas dificultades, pueden llevar una vida conyugal justa, recta, feliz.»

**La dignidad del matrimonio no debe sufrir por carencia de viviendas**

«Todo cuanto puede contribuir a una sana política social —decía el Papa en otra ocasión reciente— para bien de la familia y de la juventud cristiana, puede siempre contar con el apoyo eficaz de la Iglesia.»

«La Iglesia, desde luego, sostiene firmemente el avance de la justicia social. A estos avances pertenece el procurar al pueblo las viviendas necesarias. Ante todo, para aquellos que forman una familia o la han formado ya. ¿Se podrá concebir una previsión social de más urgencia? Debéis trabajar en cuanto esté de vuestra parte, con vuestra propaganda y vuestra acción por la construcción de viviendas, de modo que la dignidad del matrimonio y la educación de los hijos no tengan nada que sufrir por la carencia de ellas.»

**El neoplasma de la familia es el languidecimiento de la fe**

Con demasiada frecuencia se atribuye, exclusiva o preferentemente, a la injusticia social y a la escasez de medios la única razón de la decadencia de la familia. Y como

consecuencia de este error tan extendido se ponderan con exageración los medios económicos y políticos cual si fuesen solución en absoluto eficaz y de por sí suficiente. Si esto fuera cierto, ¿qué explicación tendría la corrupción grave en el seno de familias acomodadas, que no carecen, sino abundan en toda clase de medios y riquezas? El Papa sale al paso de esta evidente inexactitud: «Reconociendo toda la importancia de una sana política social para la salvación de la familia y de la juventud cristiana —dice—, sin embargo, esto no es más que un elemento preliminar. De otra manera, la familia en las clases socialmente elevadas no debería ser (como en realidad es) igual y acaso más expuesta a la decadencia que en las clases socialmente más bajas.»

«El neoplasma de la familia y de la juventud es el languidecimiento de la fe y del temor de Dios, del sacrificio y de la buena conciencia; el infiltrarse del materialismo, no sólo en el pensamiento y en el juicio, sino también en la práctica de la vida, aun en no pocos que quieren ser y permanecer fieles creyentes.»

**Solo un remedio para salvar la familia y la civilización**

Quando oímos de continuo hablar de una nueva etapa en la historia de la humanidad, y al enumerar los elementos principales que han de integrarse en esta reconstrucción se prescinde de la familia, asentada sobre los fundamentos que Cristo le dió, y se prescinde también de la fe, que ha de alimentar a individuos, familias y pueblos, una sonrisa de amargo escepticismo brota involuntaria de nuestros labios. Las exigencias de este mundo nuevo no van a satisfacerse con fórmulas hueras y sin contenido. La actual tragedia necesita de argumentos más profundos. La ansiedad de los pueblos, escarmentados por tantos y tan crueles desengaños, pide imperiosamente un consuelo más eficaz que tenga en el menor grado posible el sello de la infinita pobreza humana. Y este escepticismo en estos formulismos todavía imperantes en esferas oficiales del pensamiento y de la política internacionales es tanto mayor cuanto más se contrasta con nuestra firme esperanza —única y sobrenatural esperanza— en las soluciones vitalmente ciertas que la Iglesia propone y el Papa enseña de continuo para que sirvan de luz en este tenebroso sendero labrado por el orgullo de los hombres.

«Contra este mal —terminamos con Pío XII— no hay sino un remedio: firmeza de la fe en los padres, que con su ejemplo y con la instrucción religiosa y la educación moral engendren también en los hijos una fe incommovible» (2).

Roberto Coll Vinent

(2) Discurso a las mujeres de Acción Católica, 4 de julio de 1949. Vid. *Annario Petrus*, 1949, pág. 102.

Viene de la pág. 45

**SAN JOSE ORIOL Y EL QUIETISMO DEL SIGLO XVII**

Esos hechos no son del dominio privativo del historiador. Como decía con profunda razón Dufourq, el historiador termina su misión con constatar que sucedieron en realidad. Su motivación y análisis, en cuanto es asequible a la inteligencia humana, es propia de los teólogos y, en definitiva, del juicio de la Santa Sede.

Por una rara asociación de ideas no podemos pensar en San José Oriol ni en San Antonio María Claret sin recordar el juicio del cura de Cervantes sobre la novela de Tirante el Blanco, en la cual los caballeros comen y duermen y mueren en sus camas e incluso hacen testamento

antes de su muerte. Caballeros, uno y otro, por la causa de Dios, ascetas que entre las multitudes vivieron en yermo, singulares en gracia y en acción, no lo fueron respecto de los demás. Lejos de ensimismarse en una contemplación vaga y confusa, y de prescindir de intermediarios entre su alma y Dios, como decía la doctrina quietista, en el momento supremo de su vida se acoge San José Oriol al poder intercesor de los Dolores de María, y, alma de artista, no desdeña las criaturas, se vale de ellas para terminar su jornada con las estrofas del «Stabat» a los acordes del arpa pulsada por el afecto de un pariente músico.

Dr. D. José O. Anguera de Sojo

# DE LA QUINCENA RELIGIOSA

CARTA COLECTIVA DEL EPISCOPADO POLACO  
ACERCA DE LA SITUACION RELIGIOSA

Las agencias periodísticas y las revistas de información católica han dado cuenta de la carta colectiva que ha dirigido el Episcopado polaco al Presidente de la República de su país, en serena a la par que enérgica protesta, contra las vejaciones que los organismos oficiales ejercen sobre las instituciones de su país, en serena a la particular en el punto de la enseñanza religiosa. A su tiempo se anunció en la prensa mundial del acuerdo firmado entre el Episcopado polaco y el Gobierno filo-soviético, que rige los destinos de aquel católico país, en el cual se ponía especialza religiosa en las escuelas. Los ataques a la Santa Sede y las renovadas transgresiones de los pactos de aquel acuerdo, realizadas por los representantes del Gobierno y entidades oficiosas que participan de la dirección gubernamental, han motivado la aludida protesta del Episcopado, de cuyos aspectos principales juzgamos obligado dar la siguiente glosa.

En principio, los organismos gubernamentales reconocen, teóricamente al menos, el derecho a la enseñanza de la religión en las escuelas, pero en la práctica se esfuerzan en hacer imposible dicha enseñanza mediante una serie de disposiciones obstruccionistas. "Los horarios escolares impiden con frecuencia a la juventud cumplir sus deberes religiosos, aun los domingos y días de fiesta", dicen los Obispos en su carta. No se ataca a la Iglesia directamente, a lo menos de un modo general, pero se tiende a convertir en estéril su magisterio, mediante la descristianización de las conciencias de los jóvenes, la cual se consigue a través de la implantación de prácticas materialistas entre la juventud y la difusión de las doctrinas que las abonan y propagan. En la imposibilidad de seguir paso a paso los diversos y substanciosos pasajes de la carta episcopal, queremos resaltar el sentido que presenta la táctica gubernamental que en ella valientemente se denuncia. Estamos en presencia del mismo fenómeno que, días pasados y a propósito del último proceso de Praga, notábamos. No entra en los planos de los modernos perseguidores de la Iglesia la persecución sangrienta ni la lucha abierta y enconada, que tiene siempre la virtud de diferenciar los campos contendientes y de desenmascarar al enemigo encubierto. Se trata de llegar a la misma meta por caminos distintos y, en apariencia, plenamente legales y justos. No hay mártires, sino enemigos de la Patria.

Ejemplo clarísimo de la puesta en vigor de esa táctica combinada, nos la dan las trabas que el Gobierno polaco amontona contra la

enseñanza religiosa en las escuelas y que se concretan al decir de los Obispos católicos en los siguientes tres puntos: 1.º Transformación de las escuelas con enseñanza religiosa en las escuelas llamadas de la sociedad de Amigos de los Niños, que no da esta enseñanza. 2.º Disminución del número de horas de enseñanza religiosa en las clases primarias y secundarias. 3.º Despido en masa de los sacerdotes y profesores de religión que los obispos no pueden reemplazar con otros sacerdotes.

Problema no menos grave y doloroso es el de los llamados "sacerdotes patriotas". "Esta cuestión tiene una triste historia", se lee en la carta. Según las intenciones del Gobierno, semejante denominación se aplica a los sacerdotes que quieren colaborar con él. Estos sacerdotes están en desobediencia, afirman los Obispos, con sus deberes morales y religiosos y muchos de entre ellos han incurrido en sanciones eclesiásticas.

"Opus iustitiae pax." No es extraño que la verdadera naturaleza de la paz subsiguiente al último conflicto mundial, sea la de un auténtico y simple paréntesis de guerra, cuando pudo edificarse sobre injustas concesiones que han hecho posible, entre otros males, el actual desgarramiento de la siempre católica y sacrificada nación polaca.

FALLECIMIENTO DEL CARDENAL VON PREYSING,  
OBISPO DE BERLÍN

Basílica de S. Pedro en Roma y año 1946. Una tempestad de aplausos llena los ámbitos del templo madre de la Cristiandad. El Obispo de Münster, Mons. Von Galen, de majestuosa e imponente figura, avanza hacia el sucesor de Pedro para recibir el capelo cardinalicio. En el instante en que Pío XII abraza a los prelados de Münster y de Berlín, abraza y estrecha contra su corazón de padre a los fieles de la Iglesia germánica que han sabido, frente a las persecuciones de los nazis, pelear con denodado esfuerzo las batallas de la fe. El recuerdo de aquella jornada memorable, revive hoy con ocasión de la muerte del Obispo de Berlín, campeón con sus hermanos de Episcopado de aquellas luchas, Su Eminencia el Cardenal Conrado Conde de Preysing. De todos los católicos es conocida la trayectoria vital del que fué abogado y brillante diplomático primer orador sagrado después, para acabar sus días, gloriosamente, luego de ocupar por tres años la sede episcopal de Eichstat, como Obispo de Berlín. Sobre los hombros del difunto prelado gravitó la pesada tarea de presentar personalmente al ministro de Propaganda del III Reich, Goebels, las quejas de la Iglesia alemana ante las medidas represivas y persecutorias adoptadas contra ella por el régimen "na-

zi". Así en ese aspecto, como en el que le concernía por razón de su cargo, del cuidado de su grey, la actitud de Mons. Von Preysing, se distinguió en todo momento por su firme decisión de salir por los fueros de la verdad y de la justicia, sin temor a amenazas, represalias ni vejaciones.

La actitud del Cardenal Von Preysing constituye una prueba flagrante del error y de la injusticia que entraña el principio llevado a la práctica hasta sus últimas consecuencias en la pasada contienda, de englobar bajo el común denominador de una misma y única culpabilidad a todos los vencidos. Y es, en lo sobrenatural, índice en nuestros días de la divina vitalidad de la Iglesia que mueve a sus hijos, pastores y fieles, a pisar de nuevo sobre las huellas de gloria que dejaron a su paso los antiguos mártires y adalides de la Fe.

DESPUÉS DE LA ENCÍCLICA «HUMANI GENERIS».  
NUEVOS TESTIMONIOS DE FILIAL RECONOCIMIENTO  
A LAS SABIAS NORMAS DEL SUMO PONTÍFICE

Bajo este título transcribe "L'Observatore Romano" diversas cartas llegadas al Vaticano, con las que las facultades de Teología y Filosofía católica de distintos países agradecen a Su Santidad las directrices marcadas en la Encíclica "Humani Generis". "Con esta encíclica, dice la Facultad teológica de los Menores Conventuales, se cierra oportuna y sabiamente la entrada a ciertas graves opiniones sobre cuestiones bíblicas, teológicas y filosóficas que, si se permitiera fueran establecidas libremente y se dejara se variaran en sus fundamentos, conducirían a poner en duda las mismas bases de la Fe católica." Junto a estos testimonios aparecen los de la Universidad de San José, de Beyrouth, y los de las Facultades teológicas de la Universidad de Salzburgo y del Seminario de Nápoles.

A propósito de dicha encíclica, conviene señalar el especial empeño demostrado por Su Santidad en poner de manifiesto su importancia y los frutos que espera de ella se deriven para el bien de la Iglesia. Así lo expresa cuando, recordando en su mensaje de Navidad, los gratos sucesos acaecidos durante el Año Santo, dice: "...los documentos pontificios, dirigidos a tan gran variedad de personas, de un modo particular la Encíclica "Humani Generis" y nuestra exhortación al Clero, de las cuales esperamos los más abundantes frutos."

Notable a ese respecto y altamente significativa, por la interna conexión que en ella se descubre con las ideas de la "Humani Generis" es, asimismo, la alocución a los profesores y estudiantes de la Universidad de Atenas. "¿Podríamos Nos, dice el Papa, en este momento, en que degustamos la alegría que nos causa vuestra visita,



dejar de evocar aquí el recuerdo de aquel Príncipe de la Inteligencia, Aristóteles, cuyo nombre será para siempre inseparable del de Tomás de Aquino? ¡Sócrates, Platón, Aristóteles!, prosigue el Papa, ¡luminosa constelación en el cénit del pensamiento humano! Cronológicamente, ¡cuán alejados parecen del presente siglo! Pero, en realidad, están totalmente cercanos, ya que la verdad inmutable trasciende los tiempos y es de una permanente e imperecedera actualidad. La filosofía de la Escuela, aun antes de verse iluminada por el esplendor de la divina revelación, exaltó la majestad, el poder, la justicia y la bondad de un Dios personal, Creador y primer motor de todas las cosas. (Aristot. Phys. 8, 6). Estad orgullosos, señores, de ser los herederos de esta admirable sabiduría, honor de vuestra patria. ¡Que ella sea capaz de haceros conocer cada día mejor y servir y amar en su plenitud la Verdad divina!

EL AÑO SANTO PLEBISCITO DE LOS PUEBLOS  
EN FAVOR DE LA PAZ

El día 1 de enero S. S. recibió al Cuerpo Diplomático acreditado cerca de la Santa Sede que le ofreció en nombre de los países representados por sus miembros los mejores augurios y votos para el Nuevo Año, que daba comienzo en dicho día. El Papa dirigió al Cuerpo Diplomático una alocución de la que entresacamos el siguiente párrafo: "Este apresuramiento en acudir a Roma, devenida símbolo de la universalidad cristiana, esta comunidad de vida sin sombra de resentimientos nacionales, antes al contrario dentro de un amor y respetos recíprocos, este emocionante acercamiento de bandera a bandera, de nación a nación, esta franca alegría de participar unidos de los mismos bienes y de la misma dicha, sin olvidar no obstante la propia patria, todo esto (manifestado en el Año Santo) tiene el valor de un plebiscito de los pueblos en fa-

vor de la paz, no solamente en nombre del Cristianismo, sino en el de la Humanidad entera."

«ECCLESIA» CUMPLE DIEZ AÑOS

La revista "Ecclesia" órgano de la Dirección Central de la Acción Católica Española ha celebrado el décimo aniversario de su aparición. Con tal motivo se han visto honradas sus páginas con una carta de Su Santidad, en la que el Papa expresa la alabanza que merece la revista por la labor realizada en tal período y manda así a ella como a todos sus lectores y bienhechores una especial bendición apostólica. El número correspondiente al 30 de diciembre próximo pasado en el que aparece la comunicación de Su Santidad, contiene también sendas cartas laudatorias de los Emms. Sres. Cardenales Pizzardo y Pla y Deniel. Unimos nuestros afectuosos plácemes a los recibidos por "Ecclesia", con tan fausta ocasión.

HIMMANU-HEL

## DE LA QUINCENA POLITICA

# LEYENDO Y BRUJULEANDO

¿El peligro comunista reside menos en la doctrina? - Lo que queda por hacer en Corea. - ¿Qué permanecerá del legado de Roosevelt? - «El problema más agudo de Europa». - La lucha en Corea, algo menos que una guerra. - La responsabilidad de Truman.

Días 23 al 29 de diciembre

Las informaciones de las agencias internacionales en el período comprendido desde las vigiliadas de Navidad hasta los últimos días del año recientemente transcurrido, vienen dominadas por el interés excepcional que se concede a las noticias relacionadas con Yugoslavia. Corea parece haber pasado a un segundo o tercer plano de actualidad.

Londres inicia el fuego con una excepcional afirmación: "Si Moscú trata de realizar una acción de carácter militar, la amenaza inmediata pesará más sobre Belgrado que sobre Berlín" ("Le Monde"). Simultáneamente y como si se tratase de confirmar lo anterior, se produce un caso insólito hasta la fecha: el agregado militar inglés conferencia, en visita de despedida, con el jefe del Estado Mayor yugoslavo y con el propio Tito. ¿Qué importancia tiene este gesto? ¿No representa para los occidentales ningún obstáculo, el régimen comunista que tiraniza los pueblos de Yugoslavia?

La respuesta a tan inquietante interrogante nos lo brinda "Le Monde", tomando pie de la llegada del nuevo representante de Tito en Atenas: "En Belgrado y en Atenas se invoca la independencia nacional y se destaca que en este marco el comunismo y el anti-comunismo pueden sub-

sistir sin afectar las buenas relaciones entre vecinos. Si es así, se confirmará que el peligro comunista reside menos en la doctrina que en el imperialismo de ciertas naciones comunistas y en su intromisión en la política interior de otros países." ¿Qué queda, entonces, del anticomunismo occidental?

La ayuda a Yugoslavia continúa en ritmo creciente. Gran Bretaña concede a Tito un préstamo de dos millones de libras, con lo que suman ya cinco millones los préstamos verificados en los últimos años. También desde Londres comunican que los Estados satélites de Moscú tienen de noventa a cien divisiones alineadas desde el Báltico al Mar Negro, y a renglón seguido leemos una noticia fechada en Viena relativa a un incidente fronterizo entre Yugoslavia y Rumania y a una supuesta concentración de tropas en la frontera de este último país, como consecuencia de dicho incidente. Mientras tanto, Tito pide al Parlamento de Belgrado la aprobación del mayor presupuesto militar conocido (528 millones de dólares), al tiempo que exclama: "Tenemos necesidad de la paz por encima de todo, pero no la aceptaremos a cualquier precio."

Frente a tal cúmulo de informaciones, una noticia que pasa por completo desapercibida: "El presidente de las Juventudes populares yugoslavas ha dicho que la Iglesia

es uno de los principales enemigos de la juventud" ("Le Monde").

¿Cuál es la misión exacta que ha de realizar Tito y su poderoso ejército en el caso de una conflagración europea?

Acheson ha declarado ante el Senado, a su regreso de Bruselas: "Las potencias occidentales pondrán en pie de guerra en un plazo de tres años, un ejército de tres millones de hombres. Al parecer, el Secretario de Estado hizo también referencia a una posible ayuda de fuerzas españolas a los contingentes atlánticos" ("Le Monde"). El mismo periódico asegura que los Estados Unidos tienen otros proyectos en reserva para el caso de que flaquee el esfuerzo de franceses e italianos. Si no puede mantenerse la línea del Elba o del Rin, "han sido previstos otros planes de defensa europea, por ejemplo la línea de los Pirineos. Otra solución sería la constitución de un bloque Estados Unidos - Gran Bretaña - Alemania, pasando Francia a segundo término". Insistiendo en este extremo, el "Observer" de Londres, dice por medio de su corresponsal en Washington, que "los dirigentes americanos tratarán de incluir el territorio español y las fuerzas armadas españolas en el sistema de defensa europea", ya que si Europa es atacada en 1951 por la URSS, la única resistencia posible sería una "defensa en profundidad" ("Le Monde").

## ACTUALIDAD

En Corea se espera la ofensiva comunista. ¿Que van a hacer, llegado el momento, las tropas de las Naciones Unidas? Y el corresponsal del "Diario de Barcelona" en Norteamérica responde, pesimista: "Todo lo que queda por hacer en Corea es, efectivamente, marcharse."

¿Y después?

### Días 30 al 2 de enero

A la luz de los acontecimientos principales registrados en estos días, la situación presenta las siguientes características:

La guerra de Corea puede darse por perdida por parte de Norteamérica y de las Naciones Unidas. Por un lado, el Pentágono se resiste a enviar nuevas tropas a Mac Arthur, con el pretexto de que las que tiene son ya suficientes para aguantar la avalancha china ("La Vanguardia Española"); lo cual induce a suponer que los altos jefes militares de los Estados Unidos, o bien no creen que los efectivos chinos sean tan numerosos como señala explícitamente Mac Arthur, o temen que cualquier acción decisiva que se emprenda para hacer frente al ejército comunista en Corea lleve involucrado un grave peligro de guerra declarada entre Norteamérica y China. No hay que descartar, por otra parte, la posibilidad de que el motivo determinante de aquella actitud proceda de una decisión anterior de evacuar a toda costa la península coreana.

De una u otra forma, parece evidente que los Estados Unidos tratan ya desde ahora de estructurar una segunda línea de contención en el Pacífico cuyos puntos clave serían las islas Filipinas, el Japón y Formosa. En cuanto a Filipinas, las noticias de Washington nos informan que el Presidente Rómulo ha decidido prorrogar su estancia en Norteamérica para poder tratar ampliamente con el Departamento de Estado y el Pentágono, de la defensa estratégica de su país. Por lo que se refiere al Japón, la alocución del general Mac Arthur y el texto de la nota del Gobierno estadounidense a la URSS, constituyen dos puntos importantísimos que pueden ilustrarnos sobre el cambio radical operado, al parecer, en las altas esferas políticas y militares de Norteamérica.

Mac Arthur ha señalado a los japoneses que el desarrollo de la situación internacional puede obligarles a tomar las armas en defensa propia. ¿No será también, quizás, en defensa de otros países?

La respuesta del Departamento de Estado a la Unión Soviética, contiene estos dos extremos: 1) "El Gobierno de los Estados Unidos entiende que tanto la declaración de El Cairo como las que se formularon durante la guerra en Yalta y Potsdam, por ejemplo, están subordinadas a una reglamentación definitiva de la paz en la que se consideren todos los factores que hayan de tomarse en cuenta." 2) "Los Esta-

dos Unidos no reconocen a ningún país el derecho de recurrir perpetuamente al veto para impedir a otros países el concluir la paz con el Japón" ("Le Monde").

Sobre el cambio de actitud respecto a Chiang Kai Shek, cabe considerar la puesta en marcha de una ayuda urgente por valor de cinco millones de dólares "para dar a la economía de Formosa una inyección durante el año próximo" ("La Vanguardia Española").

La impresión actual es la de que la intervención americana en Corea se llevó a efecto sin una adecuación exacta de sus posibles derivaciones y posibilidades. La actitud provocativa de la China comunista ha obligado a un reajuste profundo de tácticas y de criterios. ¿Qué quedará del legado de Roosevelt?

### Días 3 al 7 de enero

La atención de las agencias y de los comentaristas, concentrada primeramente en las negociaciones de los occidentales con la Unión Soviética, en orden a una reunión de los representantes de las cuatro grandes potencias, pasa en breves horas y sin solución de continuidad a fijarse en el giro dramático que viene tomando la ofensiva comunista en Corea.

La URSS ha contestado a los occidentales. De su respuesta destacan estas afirmaciones: la desmilitarización de Alemania es "el problema más agudo de Europa"; el gobierno soviético concede gran importancia al intento de rearmar Alemania. ¿Por qué ese interés preponderante de Rusia hacia todo lo que concierne a Alemania? ¿Cómo no concede un valor similar al rearme de Francia o de Italia, pongamos por caso?

Acheson recoge estas frases vitales de la nota soviética, y comenta: "La actitud soviética respecto a Alemania ha creado una natural desconfianza en las naciones amantes de la paz." ¿Qué pretende insinuar el secretario del Departamento de Estado norteamericano?

Coincidiendo con la actitud del Kremlin, desentendiéndose del resto del mundo para fijarse tan sólo en lo que ocurre o puede ocurrir en Bonn, destacados funcionarios estadounidenses creen que la presa más tentadora para Rusia en el presente año, es el sudeste de Asia. "Si los comunistas chinos se deciden a embarcarse en un ataque en masa podrían apoderarse en una semana de cuatro países: Indochina, Malaca, Siam y Birmania." También Hoover da a entender que esta región está totalmente perdida para las democracias, como lo estaría la mayor parte de Europa. Sus palabras pueden ser altamente significativas: la batalla a Rusia —dice— hay que dársela en los Pirineos, costas del Japón y Filipinas y sobre las aguas del Pacífico y del Atlántico.

Pero ¿y Corea? La desencadenada ofensiva comunista adquiere cada día mayor envergadura y velocidad. Las fuerzas de la ONU se batían en retirada. Sin embargo, el represen-

tante de los Estados Unidos en las Naciones Unidas, Warren Austin, afirma: "Nosotros los norteamericanos, podemos ver lo magníficamente que combaten nuestros muchachos bajo la bandera de la ONU en Corea... No abandonaremos Asia a la tiranía." ¿Es éste el parecer de la opinión americana? El corresponsal de "La Vanguardia Española" en Nueva York, escribe en un tono algo distinto al empleado por Austin: "Parece que una infantería primitiva y sobria, compuesta por desarrapados que pueden ganarlo todo y no tienen nada que perder, todavía puede medirse con un gran ejército mecanizado, instruido y brillante pero que no sabe muy bien por lo que lucha."

La entrada de los chinos en Seul deja confusos a muchos dirigentes y comentaristas.

Truman declara el mismo día que la lucha en Corea representa algo menos que una guerra... "A pesar de todo —añade— tengo la esperanza de que la campaña de Corea puede liquidarse por medio de negociaciones diplomáticas."

¿Para qué se ha ido, entonces, a Corea? ¿Qué papel representan hoy los soldados norteamericanos en dicha península? "Este desastre de Seul, los impresionantes reportajes de los corresponsales describiendo la ciudad en llamas y entregada al saqueo —un corresponsal afirma que se veían uniformes de las Naciones Unidas participando en el botín—, la huida desesperada de sus últimos habitantes y, en fin, la admisión de que las bajas norteamericanas y aliadas son muy elevadas, están creando aquí una atmósfera abandonista, porque todo parece ya en Corea sin objeto y sin fin" (Corresponsal en Washington del "Diario de Barcelona"). Y otro corresponsal nos dice desde Londres: "Nadie entiende lo ocurrido estos días ni encuentra explicación para las retiradas de los norteamericanos en Corea" ("La Vanguardia Española"). ¿Qué ha sucedido en aquellas latitudes?

Las acusaciones contra algunos dirigentes empiezan a ponerse en el orden del día, y es Robert Taft el que en un discurso ante el Senado norteamericano da la máxima nota: "La entrada de los Estados Unidos en el conflicto coreano se ha hecho mediante violaciones de la Carta de las Naciones Unidas. Por otra parte, Truman no tenía autoridad alguna para enviar nuestras tropas a Corea sin consultar al Congreso y sin obtener su aprobación." Estas palabras podrían indicar la posibilidad de una revisión a fondo de la política internacional de la Casa Blanca si, en definitiva, se abandona la península coreana. Pero, ¿hasta dónde llega la responsabilidad de Truman?

"No son exclusivamente del presidente Truman —dice un corresponsal en Nuevo York—, ni nacieron en Corea las fallas de la política internacional norteamericana. Desgraciadamente poseen una raíz más profunda" ("La Vanguardia Española"). ¿Cuál es esta raíz?

SHEHAR YASHUB

CON CENSURA ECLESIASTICA

## ¡CATÓLICO!

¿Qué necesitas?

¿Qué información puedes aportar?

Bien seguro que si todos los católicos nos intercambiamos las informaciones de lo bueno que cada uno de nosotros conozca, podremos ayudarnos mucho mutuamente y con ello practicar el amor al prójimo que nos mandó Jesucristo.

### SERVICIO CATÓLICO DE INFORMACIÓN

(S. E. C. I. N.) de la Congregación de la Purificación y San Francisco de Borja  
Calle Roger de Lauria, núm. 15, principal - Teléfono 22 71 68

recopila y divulga información de lo moralmente bueno y aceptable que pueda interesar, a través de su boletín quincenal, ampliando detalles en sus oficinas de 5 a 9 de la tarde. Todas las ofertas deben venir acompañadas de buenas referencias morales.

Se agradecerá a los empresarios de salas de espectáculos públicos o privados así como a los dedicados empresas de sano esparcimiento, como Agencias de Viajes, Conciertos, Grupos excursionistas, etc., se sirvan darnos a conocer sus programas con la debida antelación para insertarlos en el boletín e informar personalmente a los consultantes.

## EDUARDO PUIG

### REFLECTORES

Primera y única fábrica nacional especializada en esta industria

### ILUMINACION

Industrial - Comercial - Espectacular

Av. J. Antonio, 431 - Teléf. 24 31 28

BARCELONA



*Visite las Cuevas  
de Artá*

FABRICA DE ARTICULOS PARA VIAJE

## HIJAS DE F. RAICH

Fundada en 1885

ESPECIALIDAD EN LOS ENCARGOS

Canuda, 20 y 22

Duque de la Victoria, 15

Teléfono 21 79 14

BARCELONA

## VALLHONRAT Y CIA

FABRICA DE TEJIDOS DE LANA

Plaza Maragall, 1  
Teléfono 2420

TARRASA

¿RECIBES

«ECOS DE LA CRUZADA»?

INTERNACIONAL DE ORACION Y PENITENCIA

(se seguirá publicando durante el año 1951)

Todo socio del Apostolado de la Oración  
debiera leerlos.

## LECTOR:

Varios padres misioneros españoles, que en lejanas tierras de la India han conocido nuestra Revista, son grandes entusiastas de CRISTIANDAD

¿Quieres costear su suscripción?

Telefona al n.º 22 24 46 y se te dará el nombre de tu favorecido

# ICONOGRAFIA ESPAÑOLA DE LA ASUNCION

---

Magnífica serie compuesta de cinco fascículos  
de veinticuatro grabados con las mejores obras  
de tema asuncionista.

Pueden adquirir la serie completa en papel de hilo  
o en papel offset  
dirigiéndose a la Administración de CRISTIANDAD

**Diputación, 302**

**Teléfono 22 24 46**

**PRECIO DE CADA FASCICULO: En papel de hilo. 375 Ptas.**

**En papel offset. 75 »**